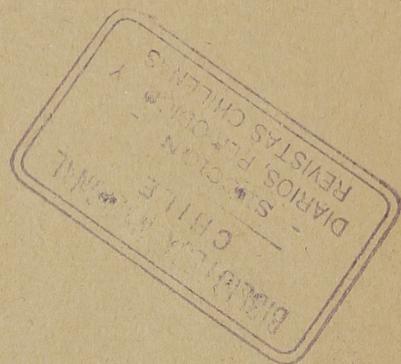


MASTIL



5

Julio

1931

M A S T I L

Indice de Ideología Universitaria

DIRECTOR

M. Contreras Moroso

COMITE DE REDACCION

José Manuel Calvo, Oscar Waiss
y Mario Hermosilla

Año III

Santiago (Chile), Julio de 1931.

N.º 5

NUESTRA REFORMA UNIVERSITARIA,

por Daniel Barrios Varela

PARA MASTIL

Real aunque doloroso es decir que el movimiento reformista universitario nacido en Córdoba el año 18, no ha logrado aún imponerse en la conciencia de las clases dirigentes de América ni en el criterio de los distintos gobiernos, que desde aquella época hasta la fecha, han regido la vida más o menos institucional de nuestras naciones.

Los males universitarios, extensivos en gran parte a la organización total de la enseñanza, expuestos en el histórico Manifiesto, no han sido hasta el momento ni extirpados ni corregidos del todo, aún en aquellos países en donde el anhelo y el fervor de largas y en muchas ocasiones cruentas jornadas estudiantiles, logró sacudir la indiferente actitud de los altos círculos y la cómoda situación espectante de los prohombres del Estado.

La Universidad en América continúa tan mala como antes de 1918. Si habría que dejar constancia de algunos progresos efectivos alcanzados en México, Uruguay y Argentina, sería justo hacer constar también que la Universidad, sin tener dentro del Estado, la independencia suficiente y necesaria a su propio desenvolvimiento, ha tenido que sufrir las consecuencias de los bamboleos institucionales en horas vergonzosas para la civilización. Ya vienen a ratificar nuestras palabras las noticias cablegráficas llegadas hace algún tiempo de Buenos Aires, en donde interpretando actitudes con criterio poco envidiable y ya largamente conocido, se ha mandado a casa a los estudiantes y sus peticiones, agregando con humor muy propio de aquel criterio, que para alternar en la vida cívica y preocuparse hondamente de la Universidad y sus cuestiones—que no otra cosa pueden hacer los estudiantes—sobra con sus padres y sus tíos...

Mientras tanto, se ha perdido en la lucha continental por la nueva Universidad, tiempo, energías y hombres. Se ha perdido, decimos, manteniéndonos dentro del con-

cepto vulgar sobre el éxito y el fracaso; ya que no podemos nosotros decir que hemos perdido ni un minuto de tiempo ni un átomo de energía, cuando a través de los años y los sacrificios, se ha llegado a convulsionar todo el espíritu de un continente bien escaso en esta materia y se ha creado con el calor de un idealismo firmemente sustentado, a fuer de todas las claudicaciones que han vaciado las filas, un verdadero movimiento de resonancia social, cuyo desarrollo y consistencia es cada vez mayor y de cuya segura influencia en los acontecimientos del futuro no podemos dudar.

¿Qué ha pasado en Chile?

Nuestro país como todos los de América tiene también su historia en cuanto se refiere a movimientos reformistas. Una historia muy digna, enorgullecadora, casi heroica: la historia del principio —el recuerdo amargo de hacer en estas horas— de las jornadas memorables del 18, del 20, del 22 y del 23. Después la decadencia; un período de tres años sin virtudes universitarias, con un completo abandono de nuestros problemas. Se ha estimado como la consecuencia directa de la intervención de los estudiantes en una lucha de partidos políticos que nos llenó de esperanzas; luego después el delirio por el triunfo electoral de una combinación política, cuyas promesas de mejores soluciones nos arrastaron a cooperar en ese triunfo. En seguida, el cansancio y el hastío, hasta un poco de amargura, porque tras el desencanto y las pequeñas luchas con sabores extraños a los negocios mismos universitarios, vino la desorganización preparándose desde tiempo atrás; porque en la incapacidad de abordar problemas y requerir soluciones, se trató de pagar servicios otorgando prebendas y distribuyendo empleos.

Clarearon las filas y hubo de llegar hasta las aulas universitarias otra generación y sentirse sacudida por nuevos acontecimientos para que otra vez la Universidad sintiera la algazara de las asambleas, la lucha por la organización y luego la demostración innegable de la fuerza, en una huelga prolongada largos meses, sostenida con conciencia, independiente de todo factor extraño a la propia cuestión universitaria y sobre cuyo verdadero valor para el éxito de la reforma y para la formación de una conciencia social en el estudiantado, se habrá de juzgar más tarde, cuando obtenido y apenamente el éxito, se haga un recuento histórico de las diversas fases de nuestro movimiento universitario.

Tal considero yo el movimiento de 1926, el último de los grandes movimientos universitarios, que pudo ser grande, lógico es declararlo, porque aún alcanzó una época, si bien fueron las postrimerías, que le permitieron tal desarrollo. Aquella fué la última lucha contra el «anacrónico» Consejo de Instrucción Pública; contra un Rector, nombrado por la vieja y «sabia» ley de 1879, que como a todos los rectores desde largos años atrás, le faltó criterio para comprendernos, pero que excepcionalmente le sobró testarudez para resistirnos. Fué la lucha más fuerte por lograr nuestra intervención en el nombramiento de las autoridades universitarias; cuando nuestras razones encontraron más resonancia que nunca y cuando el nombramiento de un Director motivó escisiones en el seno del propio Consejo.

El movimiento del año 26 y el convencimiento nacido en todas partes de la necesidad absoluta de llegar a una reforma integral de la enseñanza —bandera que en tumultuosa asamblea nosotros proclamáramos— provocó una verdadera fiebre por las cuestiones educacionales. Una consecuencia directa de nuestra huelga, de las expulsio-

nes y de la tenaz propaganda que invadió todos los círculos, fué la celebración de dos o tres Congresos Pedagógicos; la aparición de otras tantas revistas, el recrudecimiento esta vez más organizado y de indiscutible mérito de las actividades de la Asociación de Profesores Primarios, y por qué no agregarlo aquí también, de las pingües ganancias que los libreros hicieron, vendiendo apollados textos e importando por cientos las obras de Decroly, Stanley Hall, la Montezori, etc., etc.

Hasta nuestro zarandeado Parlamento que sólo se preocupara de educación cuando se trataba de ponerle proas a un Ministro por el nombramiento de un profesor cualquiera, correligionario del diputado A o del senador B, escuchó en aquella ocasión sesudos discursos sobre materias pedagógicas, entusiastas defensas de nuestros principios, encoñados ataques a nuestras actividades, y hasta hubo fiesta para escuchar de labios doctorales lo que un ministro de educación hiciera en Alemania.

Los movimientos a que nos hemos referido, los del año 18, 20, 22 y 26 principalmente, han dejado a las generaciones actuales, fuera de la conciencia formada y la personalidad hecha, que es lo principal, un buen legajo de documentos producto del estudio hecho sobre los problemas abordados. Sobre esta base que es suficientemente sólida, bien pudiera cimentarse en cualquier momento el estudio y la elaboración de un plan de verdadera reforma universitaria. **La gestación de la Universidad como nosotros la queremos, tiene ya gran parte avanzada en el ánimo del alumno por lo menos y de no pocos profesores y egresados también. Seguirse preocupando de este problema vital para el progreso del país es un verdadero imperativo de nuestra generación.** Agregando a las bases que ya tenemos las nuevas experiencias recogidas y el convencimiento que nos domina respecto **el valor social de nuestro problema**, que debe encuadrarse dentro de un concepto que haga posible con su solución un efectivo progreso colectivo, bien pudiéramos decir que entendemos nuestras cuestiones, que sabemos con precisión lo que queremos y que pudiéramos laborar eficazmente en la organización de la nueva Universidad.

No obstante, estos conceptos de la Universidad como fuerza social actuante, con derecho a intervenir en el progreso de nuestro pueblo, defendiendo unas instituciones, atacando otras o pretendiendo o propulsando la creación de nuevos elementos orgánicos para la defensa y desarrollo de la cultura local y universal, nos obligan a repetir aquí, antes de proseguir, el juicio ya emitido desde estas mismas páginas en el sentido que, **la reforma de la Universidad es tan sólo un punto importante en la reforma sustancial de todo el sistema social que regula y dirige nuestras actividades cívicas.** Sin embargo, sin querer ir tan lejos y encuadrándonos dentro de las condiciones en que el sistema político-económico actual sitúa a la Universidad, bien pudiéramos lograr por lo menos parte de la Universidad nueva, pues no pueden los gobiernos ni los regímenes desconocer totalmente la fuerza y valor de los conceptos e ideologías que llegan y que en marcha rápida y segura van conquistando la conciencia y el espíritu de la humanidad.

No hemos tenido reforma

Ni el tiempo ni el espacio nos permiten analizar con suficiente detención los innumerables decretos, circulares, planes, proyectos y estatutos comentados y anuncia-

dos en la prensa como de extraordinaria trascendencia, que han pretendido introducir en nuestra Universidad cambios que hayan alterado su vida orgánica o reformas que la hayan hecho avanzar un paso en el verdadero sentido de su progreso.

Después de todos los largos decretos tramitados y del no ménos extenso texto de los Estatutos, la Universidad en Chile ha quedado tan igual como cuando creara su organización la ley de 1879. Mejor tal vez estuviese antes, pues a través de sus largos años de anquilosis, logró formarse una personalidad que no podíamos negar totalmente a fuer de nuestros intentos para sacarla de su largo sueño en brazos del pasado.

Para abordar la cuestión universitaria ha faltado indudablemente espíritu universitario. Ha sobrado espíritu administrativo y envidiable voluntad de hacerse respetar; pero ha faltado también la no ménos envidiable voluntad para reconocer incapacidad, reconociendo al mismo tiempo que para hacer la reforma es menester llamar a colaborar en ella a las fuerzas interesadas en lograrla.

Así las cosas, después de todo lo obrado, **nuestra Universidad se ha quedado sin reforma.**

Y es bien triste declarar esta verdad, pues, dejando su juzgamiento para otra época, no podemos negar que en las demás ramas de la enseñanza algo se ha intentado hacer y por lo menos en cuanto a educación primaria, nuevas prácticas se han instituído de cuyas consecuencias habremos de felicitarnos en el futuro.

La Universidad está sin reforma. Más aún, la Universidad ha perdido su consistencia, sus formas que el exterior conocía y que hoy, después de Estatutos y Reglamentos, de parches y prácticas esencialmente circunstanciales, ni sus propios componentes — alumnos y profesores — podrían darnos una verdadera impresión de lo que ella es.

Los principios que sustenta nuestra reforma

La lucha reformista iniciada por los universitarios de Córdoba, expresó claramente en el Manifiesto del año 18, los principios sustentadores del movimiento. El tono mismo de aquel documento y las circunstancias en que aparecía dieron a esta declaración de principios un carácter de franca insurrección, que imprimiera en Argentina como en toda América el rumbo mismo de la lucha.

No podía ser de otra manera, cuando los postulados estudiantiles pretendían sacar a la Universidad del largo marasmo en que vivía y desafiaban las iras de los gobiernos y poderes constituídos, mantenedores interesados de aquel estado de cosas. El movimiento, entonces, hubo de tildarse, esta vez como siempre, de subversivo y se estimó como obra de bien público y de defensa nacional, su aplastamiento y su persecución.

Trece años después de iniciarse el movimiento, ni las causas de post-guerra, ni el advenimiento de los «regímenes de salvación», han variado en gran cosa la situación universitaria, y los principios que en aquella época sostuvieran los anhelos de reforma, vienen a ser, en nuestro país por lo menos, los mismos que la sustentan hoy día.

«Las Universidades han llegado a ser el fiel reflejo de estas sociedades decadentes que se empeñan en demostrar el triste espectáculo de una inmovilidad senil. Por eso es que la ciencia frente a estas cosas mudas y cerradas, pasa silenciosa o entra mutilada y grotesca al servicio burocrático.»

Las frases del Manifiesto de Córdoba, no pierden su valor actual, si bien es cierto que no es posible negar el sacudón sufrido por todas las instituciones, aunque sin tener consecuencias de mayor importancia, las cosas hayan quedado en tan mala situación como antes.

La Universidad en la forma hoy constituida no representa en la sociedad el papel que debiera. Su organización misma no le permite y es el principal obstáculo a toda labor que a su verdadero rol le correspondería.

Hoy como en el año 18, podemos seguir reclamando un gobierno universitario estrictamente democrático y sosteniendo que el **demos** universitario, la soberanía, el derecho a darse un gobierno propio, radica principalmente en los estudiantes; que

«el concepto de autoridad que corresponde y acompaña a un director o a un maestro, en un hogar de estudiantes universitarios no puede apoyarse en la fuerza de disciplinas extrañas a la substancia misma de los estudios».

La total dependencia del poder político, priva a la Universidad de todo intento para orientar una acción social conforme al criterio y al ánimo de sus componentes. Así, en la actualidad buscaremos en vano la corriente ideológica que partiendo de la Casa Universitaria vaya a todas las esferas del pensamiento en una obra de extensión, que ponga a la cabeza de todas las corrientes sociales y las instituciones docentes, al supremo organismo de la cultura nacional, que en vez de inundar el mercado de gente profesional, entregue al pueblo las orientaciones del progreso en la solución y el estudio de los problemas nacionales y sociales que apasionan una época.

Dependiente del poder político, pierde la Universidad toda su significación y entraba su labor. Mientras la Universidad no sea el crisol de todas las modalidades del pensamiento y las experiencias de la vida, estará encerrada dentro de un límite que es imprescindible romper.

La Universidad nueva, reflejo del alma nacional, contradictoria, inquieta o convulsionada, pero nunca sujeta a imposiciones extrañas ni a reflejar el sentir exclusivo de un poder político, será la más valiosa colaboradora en el estudio de los negocios públicos, ya que su intervención en estos asuntos, es a nuestro juicio, una de sus más caras obligaciones.

La Universidad autónoma, pues la **verdadera autonomía** es la base y fundamento único para toda reforma como la que perseguimos, impartirá desde sus cátedras no sólo ya los conocimientos particularmente interesantes a los futuros profesionales, sino que medirá desde su centro las pulsaciones del progreso, maestra de ciencias, predicadora de verdades, defensora de justicia, propulsadora de belleza, señalando la verdadera ética cívica del pueblo, sostenedora de la cultura y adelanto nacional para el equilibrio en las soluciones de los problemas universales.

La organización de la autonomía

La implantación de la autonomía exige **una nueva organización de la Universidad**: alumnos, profesores y egresados trabajando en armónico consorcio material y espiritual para el progreso universitario y libres en su acción de toda traba y de toda influencia extraña que coarte sus actividades, en cualquier forma que esta coacción quiera presentarse.

La verdadera autonomía debe ser completa: es decir didáctica, administrativa y económica.

Las orientaciones que los Consejos directivos y el personal superior de la dirección de la Universidad, imparta actualmente a la masa universitaria, imprimiendo rumbos a la instrucción, serán siempre determinados por criterios absoluta o casi absolutamente ajenos a la realidad en que la Universidad vive. Sucederá así el caso ya tantas veces producido del conflicto entre la autoridad, representada por el Rector y el Consejo y el gran resto de individuos, cuyo conglomerado forma la Universidad. De ningún modo, los Consejos y órganos directivos de la manera hoy constituidos, por su generación y procedencia de sus componentes, podrán resolver las cuestiones universitarias sin la influencia del poder político y teniendo presente por sobre las circunstancias y razones del pueblo universitario, otras razones y otros intereses que servirán en gran parte de móviles a sus resoluciones.

A la Universidad autónoma, cuya organización se ha generado en aquellos elementos que realmente la constituyen, alumnos, profesores y egresados, le cabe sin riesgo alguno la responsabilidad de los regímenes adoptados.

Procurada la independencia suficiente para su libre progreso y desarrollo cultural, la Universidad autónoma por fin, presupone al mismo tiempo **autonomía didáctica** para cada facultad, escuela o instituto. El sistema de enseñanza, planes y métodos de estudio adoptados, creación de cátedras y hasta fijación de horarios, todo de acuerdo con el sentir y la necesidad de profesores, alumnos y universitarios en general, será la no menos importante y trascendental consecuencia de la **autonomía didáctica de la Universidad**

La capacidad de las facultades, escuelas e institutos para elaborar libremente sus métodos y programas de trabajo, será una consecuencia inmediata de la **autonomía económica universitaria**.

La autonomía económica de la Universidad, realizada en el verdadero concepto de los términos, no fué ni puede ser ahora, a pesar de excepcionales circunstancias financieras, problema que no tenga solución.

La autonomía económica universitaria podrá establecerse haciendo el Estado una donación especial para este fin, o bien entregando el producto de determinado impuesto para esa exclusiva finalidad. Es menester hacer el sacrificio, si así quiere llamarse, de crear de una sola vez **con fondos suficientes el patrimonio de la Universidad**, que libremente administrado por la Universidad ya autónoma, podría acrecerse con la donación de particulares o con otra clase de rentas que la nueva organización trataría de crear.

No es esta precisamente la ocasión de entrar a comparar cifras y barajar números del presupuesto nacional, para demostrar hasta qué punto es posible y beneficioso proporcionar a la Universidad su autonomía económica; sin embargo, estamos bien ciertos que estudiado el asunto por técnicos presupuestarios y convenientemente expuesto a la luz de las cifras y comparación de los ítems, llegaríamos a la conclusión de que la implantación de esta autonomía económica dentro de la total autonomía universitaria, significaría para el Estado una considerable reducción en sus gastos generales.

No obstante, la parte más interesante de la autonomía universitaria y sin la cual no podría verificarse íntegramente, es la que pudiéramos llamar **autonomía**

administrativa. No otra cosa es por lo demás, establecer quienes habrán de dirigirnos, quienes administrarán nuestros bienes, cuanto tiempo durarán en sus funciones y cual será la composición de nuestro verdadero régimen de vida y gobierno. Para lograr esta autonomía, **la total autonomía, es indispensable ir a una nueva organización universitaria**

¿Quiénes deberían componer la Universidad? La Asamblea de Estudiantes de nuestro país, reunida el 20 de Junio de 1922, tomó al respecto la siguiente resolución, que a nuestro juicio responde certeramente a la pregunta formulada:

«La organización de la Universidad debe generarse en los que actualmente la constituyen, alumnos y profesores, y de aquellos que habiendo pasado por sus aulas mantienen con ella vínculos constantemente renovados. En consecuencia, la asamblea declara que los consejos directivos deben ser la expresión de la voluntad libre de todos los universitarios: alumnos, profesores y diplomados. Cada una de estas entidades debe tener en dichos consejos una representación proporcional.»

Indudablemente que fué precisa la declaración formulada por nuestros compañeros el año 22 y ella sintetiza en estos momentos el verdadero sentir de los universitarios actuales.

Alumnos y profesores forman el alma mater de la Universidad; sus diarias actividades hacen la vida misma universitaria a través de las diversas escuelas. Más, cabría considerar en este punto que, obtenida la autonomía didáctica con la reforma de los planes y cátedras, de acuerdo con el nuevo pensamiento que animaría a la Universidad, el sólo hecho de ser matriculado o seguir con uniforme regularidad las clases de determinada Facultad, no daría con exclusividad la calidad de alumno universitario. Implantada integralmente la reforma, nuestras escuelas y especialmente algunos ramos de la enseñanza superior, contarían entonces, con un mayor número de alumnos que en la actualidad. Fácil es comprender la razón de la afluencia de estos nuevos elementos universitarios, que para la Universidad serían tan sus alumnos, con iguales derechos y obligaciones como los postulantes a un grado.

Los **egresados** serían también una nueva categoría en la composición de la Universidad. Una clara lógica indica que deben tomar parte en la vida íntima de la organización aquellos que, por su afán de cultura, de difundir conocimiento o de un anhelo superior cualquiera, hacen verdadera obra universitaria y mantienen estrechos vínculos con la Universidad. Aún más, propugnamos a la representación directa de los diplomados, en la nueva organización universitaria, porque es menester reconocer que habrá entre ellos individuos capaces de imprimir saludables orientaciones a las normas de estudio y trabajo.

Elección de autoridades

La elección de los Consejos y autoridades en general, debe ser un exponente justo y equitativo de las tres clases de elementos que constituirán la Universidad. Deben prevalecer en este sentido, los profesores titulares, como que son ellos los elementos más valiosos y respetables de la jerarquía docente; deben tener su representación proporcional los profesores suplentes, cuya acción en la enseñanza es importante y fecunda; deben estar representados los estudiantes, que son la Universidad misma,

pues como muy bien lo dijo un Rector de la Universidad de Buenos Aires, «las instituciones de altos estudios no existen sino por ellos y para ellos», y finalmente en la propia organización y formando el Claustro Universitario, deben tener también su representación de acuerdo con su capacidad e importancia, los egresados, consejeros, profesores extraordinarios y elementos en general que hagan vida universitaria o que renueven constantemente vínculos con la Universidad.

La libre participación de estudiantes, profesores y egresados para la elección de autoridades y Consejos, traerá en cada Escuela o Facultad, las felices consecuencias que observábamos al tratar de la autonomía didáctica, y la Universidad marchará así buscando su creciente progreso en el desarrollo que todos los elementos que la constituyen le darán, al empuje de sus anhelos libremente sustentados en su proporcional representación.

Docencia libre y asistencia libre

La nueva Universidad, sin embargo, no lo será ampliamente por la sola reforma de su organización y nuestra reforma de ningún modo podría perseguir fines únicamente en este sentido. Elemental es para nosotros el establecimiento de la **docencia** y la **asistencia libre**

El éxito de la Universidad dependerá en gran parte de la **libre docencia** ya que para el desenvolvimiento y progreso de los estudios, nada habrá más eficaz que el estímulo que aquella pueda darle.

Nuevamente debemos referirnos en este artículo a las declaraciones formuladas el año 22 por los estudiantes chilenos. En cuanto al punto que tratamos, ellos sintetizaron nuestro pensamiento así:

«Queremos también que la libertad de enseñanza, consagrada por la Constitución del Estado, sea efectiva en la Universidad y que, por esto, se establezca la **docencia libre** o sea, facilidad para que quien acredite competencia para abrir cátedra de cualquiera rama de los conocimientos humanos, pueda cooperar de esta manera a la difusión de la cultura, sin otro trámite que la comprobación de esa competencia».

Y como completando la expresión de estas ideas, el manifiesto lanzado para iniciar la campaña reformista en Chile, decía:

«Con fuerza imperativa se nos presenta así mismo, la necesidad de transformar el sistema docente, creando al lado de las cátedras servidas por profesores titulares, otras donde cualquiera que reúna los requisitos necesarios de preparación especial y pedagógica, pueda desarrollar cursos libremente. **La docencia libre consulta el interés real de los estudiantes**, ya que por medio de ella se verifica un beneficioso proceso de selección en el profesorado al mismo tiempo que se capacita a todos los que aspiren a dedicarse al servicio universitario para el desempeño adecuado de sus funciones como titulares».

Junto con establecer la docencia libre es menester ir al establecimiento de la **libre asistencia**. El rancio sistema de listas para el control de la asistencia a clases y el absurdo porcentaje que los reglamentos actuales han fijado para capacitar al alumno en su presentación a rendir pruebas finales, es completamente impropio de la enseñanza superior. Experimentádos están nuestros profesores respecto a la absoluta falta de valor de este anacrónico régimen, aceptable sólo para una escuela primaria, ya que mil veces se ha comprobado que no significa ni calidad, ni capa-

cidad, ni conocimientos el asistir diariamente a clases, contestando puntualmente a la lista con la exactitud de un cronómetro.

Para que la docencia libre y el sistema de selección que ella significa, tenga eficaces consecuencias y completo valor, es necesario realizar la asistencia libre de los alumnos a las cátedra.

El manifiesto de 1922 refiriéndose a esta cuestión expresaba:

«Como consecuencia obligada de la «docencia libre», queremos que se establezca la **“asistencia libre”**. El profesor libre desarrollando su cátedra al lado del profesor titular, ofrecería a los estudiantes una segunda posibilidad a optar. El alumno tendría libertad de elegir. De esta manera se obtendría una depuración del profesorado y una mayor eficiencia de la enseñanza, determinada por el estímulo de la competencia».

«La asistencia libre procuraría ventajas innegables. Desde luego serviría a desarrollar la personalidad del estudiante y eliminaría para lanzarlos a otras actividades en que serían más útiles a la sociedad, a los que no tienen deseos de estudiar, a los que no aman la ciencia, y a los que en resultado, constituyen en la actualidad la masa enorme de mediocres que ha invadido a los estudiantes, al profesorado y a los profesionales.»

«A este anhelo nuestro se objeta que los estudiantes no estamos todavía preparados para asumir, sin peairo para nuestro porvenir, la responsabilidad de nuestra opción, defendiendo la presión que significan las li-tas, alicientes para los que persiguen la obtención de un título profesional como único y supremo fin de la Universidad. Esto es un error y este error es la causa del mal que se señala diciendo que en la actualidad hay plétora de profesionales. El exceso de éstos es elemento de perturbación social, cuya eficiencia productora se ha disminuido, obligándolo por una disciplina científica forzada, a una actividad en que va a fracasar. La asistencia libre asegura el aprovechamiento de las vocaciones verdaderas y la selección de las inteligencias, necesaria para la mayor eficiencia de la acción universitaria en la difusión cultural.»

Finalmente, una mala interpretación de nuestro anhelo y un errado concepto acompañado de una total incomprensión, pudiera achacarnos que la reforma en este sentido, favorecerá a los flojos y a los incapaces. El error es manifiesto y la mala intención en nuestra contra es clara: la asistencia libre sólo puede garantizar el éxito de los que realmente sienten un afán de estudio y tienen dotes suficientes de inteligencia y capacidad para lograrlo. Elimina al mismo tiempo a los elementos que sin amor al estudio y a la ciencia, serán malos profesionales y no reportarán beneficio alguno a la sociedad, ya que su permanencia en las aulas universitarias obedeció sólo a un capricho familiar, a un prejuicio o a la simple obtención del cartón profesional.

Democratización de la Universidad

La libre docencia y la asistencia libre, significan desde luego la democratización de la Universidad. No obstante, hay que recurrir a mayores medios para conseguirla en la forma más absoluta, ya que es éste uno de los aspectos más interesantes de las Universidades modernas y se impone como una necesaria consecuencia de la reforma que sustentamos.

Implantada la docencia libre y establecida así la eficaz cooperación del estudiantado a los catedráticos, con las ventajas propias que al desenvolvimiento de las labores traerá esta cooperación, vemos que el problema de la libre docencia está íntimamente ligado al de la limitación de la matrícula y sería inútil resolver aquel sin que previamente abordáramos éste.

Nada más perjudicial al prestigio universitario, al interés de los estudios y **nada más esencialmente anti-democrático que la limitación de las matriculas.** Es absurdo pretender admitir que la Universidad limite el número de los que procuran adquirir conocimientos superiores o profesionales, cuando indudablemente su misión principal es proporcionar instrucción superior a todos aquellos que estén en condiciones de recibirla. El éxito de la libre docencia reside en gran parte en el crecido número de alumnos y **la limitación de ellos es una verdadera negación de la acción para lo cual fué creada la Universidad.** Sólo sería posible admitir en ciertas condiciones la limitación de matrícula en aquellos institutos de cultura especializada; pero en las diversas Escuelas y Facultades, jamás.

En este punto, bien doloroso es dejar constancia de la obra injusta y contradictoria que los reglamentos realizan en nuestro país. Un enorme número de individuos postulantes a un grado universitario, debe quedar cada año sin cursar las clases correspondientes al período escolar, pues la limitación de la matrícula los obliga a ello.

Es mucho más grave aún las disposiciones perfectamente anti-universitarias que rigen en Chile. La limitación de la matrícula se torna, por obra y gracia del elevadísimo derecho impuesto, en una verdadera y manifiesta **prohibición para los individuos de escasos recursos.** El derecho de matrícula existente en nuestro país es en este sentido, lo más anti-democrático y luego después, es cruel e inexplicable su existencia cuando nuestro sistema tributario es lo suficientemente gravoso para necesitar imponer derechos como el que nos preocupa.

El estudiante, cuya familia no tiene los recursos suficientes o cuyas responsabilidades económicas no le dan margen para un gasto tan crecido, se verá en la dura necesidad de cortar sus estudios para dejar el logro del título y de los conocimientos superiores que él implica, a aquellos individuos de recursos económicos mayores, aunque la más de las veces una mejor situación de dinero está en razón inversa a una mayor capacidad para los estudios.

La democratización universitaria es la primera consecuencia de bien social de la Universidad renovada, pues ella permite sin restricciones de ninguna especie, hacer llegar los beneficios de la cultura a los individuos más modestos.

Extensión universitaria

La Universidad organizada en la forma que hemos expuesto, no puede de ningún modo tener como única función la de enseñar. La nueva organización y la completa autonomía de que gozará, la habrá preparado eficientemente para su necesaria actuación **político-social.** Un sistema de vastas relaciones con los diferentes organismos docentes del país y del extranjero, permitirá a la Universidad ser un verdadero centro de iniciativas en el terreno político, económico y ampliamente social — a la vez rigurosamente científico — interesantes para Chile y la Humanidad.

La suprema institución de altos estudios propenderá a la más extensa difusión de la cultura por medios prácticos, activos y eficaces, a fin de que llegando a todas las organizaciones y clases sociales, señale una definida orientación doctrinaria en cada problema y cada materia, orientaciones que siempre harán falta para la discusión y estudio de todas las cuestiones de trascendencia pública por resolver.

Para la absoluta obtención de la democratización, es menester la más plena extensión universitaria; la difusión clara y precisa de todos aquellos conocimientos más palpitantes del pensamiento contemporáneo; que la Universidad salga por medio de conferencias, cátedras libres, revistas, concursos, editoriales y convenciones, por todos los medios prácticos imaginables, a servir los intereses espirituales de la colectividad, difundiendo la cultura, predicando una ética cívica, acercando a los individuos al perfeccionamiento.

La única tendencia posible hoy día en el mundo y particularmente en América es buscar el tipo de la Universidad social, que es el que mejor conviene a la hora en que vivimos. La enorme importancia de los problemas sociales y el estudio de ellos, debe reflejarse en la Universidad por medio de las cátedras libres y la extensión. Estos agentes universitarios toman a su cargo la labor de una verdadera escuela popular.

Libre en su total autonomía, económicamente emancipada, persona jurídica formal y de responsabilidades, la Universidad — parte integrante del organismo nacional — se tornará en un centro propulsor de perfeccionamiento cultural y político social de la colectividad.

Queremos dar fin a nuestro trabajo. El tema está lejos de haber sido agotado e indudablemente otros podrán tratarlo con mayor versación. Materias tan importantes como el **veto** y la **gremialización estudiantil**, no ha sido posible tratarlas aquí. La documentación histórica del movimiento reformista, el desarrollo de la Universidad en América, sus regímenes de vida y acción, como antecedentes favorables a la reforma que propiciamos y por último, una exposición más detallada de las diversas necesidades que la reforma universitaria vendría a cumplir, es materia de otros trabajos o de algunos momentos, más bien, de charla y discusión.

Para los que pudieran achacarnos excesiva pretensión para abordar el tema desarrollado, dejamos constancia que no hemos dicho nada que ya no haya sido expuesto en muchas ocasiones. Nuestra labor se ha limitado sólo a precisar conceptos y a exponer en forma más o menos organizada, el fervoroso anhelo que animó batallas de otrora, y que los universitarios de hoy día, sustentan con el acuerdo de todos los elementos progresistas del país, como una de las cuestiones básicas para el desarrollo de nuestra cultura y el perdido prestigio de nuestra Universidad.

II. - MEJICO Y EL PETROLEO,

por José Manuel Calvo

PARA MASTIL

Continuación. (1)

Desde 1876 hasta 1911, gobernó Méjico —salvo una corta interrupción de 4 años (1880-1884) — el general Porfirio Díaz, asesorado en sus funciones por un escogido número de terratenientes. Durante las dos últimas décadas de su gobierno y gracias a cuantiosas inversiones industriales que aquél favorecía, se desarrolló en Méjico una numerosa clase mercantil autóctona y, junto a ella, los primeros núcleos del proletariado. Hasta entonces la economía mejicana no había modificado sustancialmente la estructura feudal, supervivencia del régimen colonial; un reducido número de blancos y mestizos, de los cuales los más representativos figuraban en la milicia y en el clero eran, junto con algunos latifundistas norte-americanos, los exclusivos propietarios del territorio y se aseguraban la explotación de éste, mediante una sumisa población de indígenas y mestizos, herencia también de la colonia, y a la cual utilizaban, por otra parte, para dirimir mediante pronunciamientos y revoluciones sus rivalidades por el poder. La población indígena a que aludimos, que económica y políticamente vivía en las mismas condiciones que los siervos de la Edad Media europea, se adaptaba mansamente a las aventuras militares de sus amos que siempre les prometían, como botín, una tierra en la cual ellos serían propietarios.

El año 1911, Madero, con el concurso de la clase burguesa formada en el Este y Norte del país, se aseguraba el mando presidencial por un corto período. Entre tanto, la irritante situación del siervo mejicano hallaba un eco simpático en la burguesía insurrecta, que, entre sus banderas de lucha incluía la reforma agraria y la redención política y social del indio.

Al general Madero sucedió el general Huerta, caudillo que encarnaba la reacción de los terratenientes y que fué sostenido financieramente en el poder por el capitalismo inglés, ya en abierta oposición con el norte-americano. Huerta fué barrido del mando por las fuerzas revolucionarias combinadas de Villa y de Carranza. Este último, nombrado presidente en 1914, convocó en 1917 una Constituyente, el Congreso de Querétaro, en el cual los legisladores revolucionarios aprobaron la Constitución del mismo nombre. En ella encontraban eco las aspiraciones de dominio de la burguesía mejicana y los anhelos de emancipación de la clase agraria.

En efecto, la citada Constitución solucionaba en parte la cuestión agraria, destruyendo el latifundio, distribuyendo porciones de tierra (égedos) a comunidades cam-

(1) Véase en el número anterior: «El Petróleo y el Imperialismo».

pesinas, creando, en una palabra, una especie de socialismo cooperativista. Por otra parte, dictaba medidas para aplastar la Iglesia como poder político y, finalmente resguardaba las riquezas mejicanas contra la explotación intensiva a que las venía sometiendo el capitalismo extranjero.

La caída de Carranza (1920) y su reemplazo por Obregón, marca el fin del período de transición, iniciado con Madero, y el comienzo de la estabilización del gobierno revolucionario burgués—estabilidad tanto más acentuada cuanto que los campesinos convertidos en pequeños propietarios, no se prestan ahora tan fácilmente a las seducciones del caudillaje militar—. Por otra parte, Estados Unidos, a partir de 1928, ha empezado a cooperar decididamente—al contrario de lo sucedido durante el período de transición—en la estabilidad del Gobierno Federal.

Desde la presidencia de Calles, Méjico ha entrado en definitiva en la paz de un gobierno burgués.

Conforme a nuestros propósitos, nos interesa, particularmente, conocer la participación del capital petrolífero extranjero—desde el comienzo de su inversión (1901)—en la evolución económico-política de Méjico.

Pero es necesario que hagamos previamente una pequeña historia de la industria petrolífera en Méjico y una reseña del grado a que ha llegado su explotación.

Poco antes de terminar el siglo XIX, Norte-América completaba su desarrollo capitalista y entraba en la fase del **imperialismo**, es decir, del capitalismo financiero, desbordando las fronteras del país de origen, capitalismo apoyado por el poder político norte-americano, con el cual estaba íntimamente identificado. La burguesía imperialista yanqui echaba sus primeros tentáculos sobre Méjico, la América Central y el archipiélago antillano; sobre Méjico, en particular, por su inmediata vecindad y las referencias que se tenían de sus cuantiosas riquezas.

El gobierno de Díaz observó una conducta en alto grado favorable a estas primeras manifestaciones de penetración del capitalismo extranjero y en esto procedía con lógica: estaba convencido de la incapacidad financiera y técnica del elemento nacional, para iniciar la explotación industrial del territorio. Y así la legislación mejicana, herencia del derecho colonial, que establecía el dominio del monarca sobre el subsuelo, es decir, sobre las riquezas minerales de la tierra, fué derogada en 1884, confirmándose esta derogación en varias ocasiones posteriores y asegurándose conjuntamente el dominio del propietario sobre la superficie de la tierra y el subsuelo. Esto permitió que más tarde territorios adquiridos a precios insignificantes, en razón de su escasa fertilidad, retribuyeran al propietario que los había adquirido muchas veces con una intención deliberada, fabulosas fortunas merced a la explotación de las riquezas contenidas en su subsuelo. Así se cita el caso célebre de un latifundio eriazado cuyo usufructo se obtuvo mediante el pago de 100 pesos mejicanos anuales y que rindió, en el mismo espacio de tiempo, una utilidad de 40 millones de dólares, provenientes de su riqueza petrolera.

Las primeras manifestaciones de petróleo se descubren a principios del siglo en Tampico y en Tuxpan. En 1901 el petrolero yanqui Doheny adquiere una extensión de 200.000 acres en la suma de 225.000 dólares con el fin de continuar la pesquisa del petróleo e iniciar las primeras explotaciones. El primer pozo perforado por Doheny

produjo 1.700 barriles diarios por espacio de 70 meses. El éxito obtenido influyó en la intervención de nuevas empresas en diferentes puntos del país

Estas primeras prospecciones y extracciones de petróleo confirmaban todas las previsiones que se tenían sobre la extraordinaria riqueza del territorio mejicano en yacimientos petrolíferos. Además de la facilidad para ubicarlo, bastaba horadar la tierra a poca profundidad, para que el petróleo saltara en surtidor, muchas veces a gran presión. (El pozo yanqui exige generalmente la operación del bombeo). Finalmente, el pozo mejicano tenía el aliciente de su fecundidad. Así el pozo Cerro Azul, perforado por la Mexican Petroleum, profundo de 820 metros, dió 400.000 toneladas en un día y, más tarde, daba un promedio de 40 a 50.000 barriles diarios. El año 1916 dió él solamente la 4.^a parte de la producción mejicana de petróleo.

Según Clarence Barron, citado por Scott Nearing, «el término medio de los pozos de California producía en aquella época 100 a 200 barriles diarios, 600 se consideraba un gran pozo». Comparados con éstos, los pozos mejicanos eran de una riqueza asombrosa. El pozo artesiano N.º 7 empezó con 70.000 barriles diarios (10.000 toneladas) a una presión de 21 kg. por cm.². Más tarde seguía produciendo a razón de 25.000 barriles diarios. Los informes de los técnicos aseguran la existencia de yacimientos petrolíferos en todo el litoral del golfo de Méjico, península de Yucatán, región del istmo, península de California en la costa occidental e incluso en algunos puntos de la meseta, con una extensión total de 60.000.000 de hectáreas, de las cuales solamente 6.000 están en explotación. A las compañías extranjeras pertenecen actualmente 48.000.000 de hectáreas en la proporción siguiente: 57% a las sociedades norte-americanas (Standard Oil), 36% a las anglo-holandesas (Royal Dutch Shell), 7% a las sociedades mejicanas y extranjeras; al estado mejicano le restan en calidad de reservas 12.000.000 de hectáreas.

Antes de comenzar la explotación petrolera mejicana, la Standard Oil gozaba en Méjico de un verdadero monopolio de importación de petróleo y explotaba al país sin ningún escrúpulo. Traía petróleo de Norte-América, lo refinaba en Méjico y lo revendía con un beneficio que oscilaba entre 500 y 600%. Entre 1905 y 1906, —época en que se intensifica la producción mejicana,— los capitalistas ingleses atraídos por tan formidables riquezas llegan a Méjico y obtienen las primeras concesiones petrolíferas. La producción del año 1907 sobrepasa ya el millón de barriles anuales y continúa en una ascensión creciente hasta 1921. He aquí el detalle de producción petrolera mejicana desde 1901 a 1929 (desde 1925 los datos son oficiales).

<u>Años</u>	<u>Barriles</u>	<u>Años</u>	<u>Barriles</u>
1901.....	10.345	1909.....	2.713.000
1902.....	40.200	1910.....	3.634.080
1903.....	75.375	1911.....	12.552.798
1904.....	125.625	1912.....	16.558.215
1905.....	251.250	1913.....	25.696.291
1906.....	502.502	1914.....	26.635.408
1907.....	1.005.000	1915.....	32.910.508
1908.....	3.932.900	1916.....	40.545.712

<u>Años</u>	<u>Barriles</u>	<u>Años</u>	<u>Barriles</u>
1917	55.292.770	1924.....	139.678.294
1918.....	63.828.326	1925.....	115.514.700
1919	87.072.954	1926	90.420.973
1920.....	157.068.678	1927.....	64.121.142
1921.....	193.397.587	1928	50.150.610
1922.....	182.278.477	1929.....	44.687.879
1923... ..	149.584.856		

con un valor total de 2.842.739.050 pesos mejicanos (más o menos, 23.000.000.000 de pesos chilenos).

La excesiva preponderancia de los yanquis en el plano industrial asustó al gobierno de Díaz que, para contrabalancear su influencia, decretó la concesión de los campos petrolíferos descubiertos en Tampico a un inglés, Pearson, que actuaba en colaboración con Lord Coudray. Estos crearon la Mexican Eagle (1906) con la cual obtuvieron enormes beneficios. El primero de sus pozos produjo durante largos meses 18.000 toneladas diarias. Hace 10 años su producción sobrepasaba los 100.000 barriles y se estimaba que podía llegar con facilidad a los 700.000 barriles. Lord Coudray, dueño más tarde de más de la mayoría de los títulos de la Sociedad, consintió el año 1918 en traspasarlos a Sir Henry Deterding, jefe del trust rival de la Standard O'l, Royal Dutch-Shell, en la suma de 2 mil millones de francos. Esta cesión de derechos al grupo Pearson le significó a Porfirio Díaz la enemistad irreductible de los petroleros norteamericanos, de los políticos y de la prensa que en EE. UU. servía sus intereses.

En 1910, Díaz salió elegido Presidente por octava vez. Pero ya la clase mercantil mejicana, dispuesta a arrebatarse el poder a la aristocracia, con los campesinos explotados y descontentos, fraguaban la caída del dictador Díaz. En esta época, los intereses de Rockefeller ocupaban el lugar predominante entre las compañías petroleras yanquis de Méjico, — influencia que se ha ido acrecentando hasta el año 26, en que la totalidad de los intereses norteamericanos en Méjico reconoce la bandera de la Standard Oil—. Justamente en esa época, (1911) la curva de las explotaciones de petróleo señala una franca discontinuidad. La producción que en 1910 era de 3 millones de barriles pasa a 13 millones en 1911.

Madero, caudillo derrotado en la elección por la maquinaria electoral de Díaz, se convierte en el jefe de la insurrección. La guerra civil estalla en diferentes puntos del país. El tesoro de lucha del ejército de Madero lo proporcionaron los financieros yanquis (en consorcio con las empresas petroleras), secundados naturalmente por el gobierno de la Casa Blanca. El capital inglés tomaba a su vez el partido de Porfirio Díaz. Lane Wilson, embajador norteamericano declaraba el 7 de Enero de 1913 que «el movimiento de insurrección de que Madero fué el beneficiario había sido financiado por la Standard Oil y que un documento depositado en la secretaría de Negocios Extranjeros lo atestiguaba». Scott Nearing y Freeman en su libro varias veces citado «La Diplomacia del Dollar» presentan una incontestable documentación respecto a esta intervención financiera de los petróleos yanquis, y del apoyo que aportó la Casa Blanca a

sus financieros. El presidente Taft, —el mismo que en un acceso de monroísmo declaraba: «The limits of the United States, virtually extend to Tierra del Fuego» —, triunfante la revolución de Madero, y para asegurar la estabilidad de su pupilo, prohibía la venta de municiones y armas a las facciones que combatían al nuevo gobierno. Madero, a cambio de tan generosa ayuda, respondió según declaraciones de Manuel Lugo, (alto funcionario mejicano ante la comisión senatorial norte-americana), comprometiéndose: 1.º a anular las concesiones hechas al sindicato Pearson; 2.º dando a la Standard Oil el monopolio del petróleo en Méjico. ¡Hecho notable, el mismo día en que cayó el gobierno de Díaz, las acciones de la Standard Oil subieron un 50% en la Bolsa de Nueva York!

Otro testimonio, oído por la misma comisión senatorial: Doheny aseguraba que «hubo momentos en que la lucha fué tan aguda entre el grupo Pearson y la Standard Oil que, con apoyo del gobierno de Estados Unidos, las compañías de petróleo pagaron cuotas a los insurrectos, y aún a simples bandidos». Un condottieri mejicano de la región de Tampico recibía adelantos mensuales bajo compromiso de abstenerse de cortar los pipe-line (tubos colectores de petróleo que lo llevan de los pozos de extracción a los lugares donde se le refina) de la Standard Oil... y es posible, aunque esto no figura en la declaración, que se comprometiera también a cortar los pipe-line de las compañías inglesas.

El general Huerta, jefe de la reacción porfiriana, derrocó al general Madero y se instaló en el poder como representante de los terratenientes feudales. El general Huerta había recibido apoyo financiero de las empresas inglesas, — Lord Coudray suscribió él 3% del empréstito de Huerta —, y se disponía a continuar la política de Díaz de amistad y favores a los petroleros ingleses y de oposición a los yanquis. Una revista inglesa de la época, —London Mail—, declaraba: «el petróleo yanqui colocó a Madero como presidente de Méjico; los intereses petroleros británicos sostienen a Huerta en el poder». Esta era una de las tantas opiniones de la prensa inglesa en disputa con su colega, la norte-americana, en defensa de sus respectivos intereses.

El presidente Huerta, conquistando el poder en un país empobrecido por la guerra civil, luchaba con casi insolubles dificultades financieras. John Rockefeller, presidente de la Standard Oil, envió a Huerta un agente confidencial, aprovechando esta coyuntura. Este agente llevaba la misión de ofrecerle 200 millones de pesos en el caso de concederle el monopolio del petróleo en Méjico y le aseguraba, en caso de ser aceptada su propuesta, la inmediata extinción de la revuelta que había estallado en su contra. Huerta rehusó. Entonces entró a actuar el gobierno de Estados Unidos. Wilson, presidente a la sazón, era uno de los más convencidos del apoyo de Huerta a los ingleses, y esto lo resolvió a actuar decididamente contra la permanencia de Huerta en el poder. Para ello recurrió a intrigas políticas, rehusó el apoyo financiero al gobierno mejicano y pretendió imponerle un verdadero castigo moral, sentando con respecto a Méjico una verdadera innovación en materia de derecho internacional, al establecer que el Departamento de Estado norte-americano, no reconocería los gobiernos emanados de una revolución. Con una duplicidad política, muy digna del Wilson que en América aplastaba manu militare a los países débiles y en Europa en 1918, para asegurar los beneficios de su clase, defendía los derechos de las pequeñas nacionalidades oprimidas, reconocía por esa misma época el gobierno revolucionario del general Benavides en el Perú.

Huerta, presidente provisional, se hizo elegir efectivo en la elección de Octubre de 1913. Por entonces, Wilson a cambio de ventajas en los derechos de navegación por el canal de Panamá, obtuvo de Grey, Ministro de Relaciones del Gabinete inglés, carta blanca para actuar en Méjico contra el general Huerta. Wilson declaraba enfáticamente al enviado de Grey: «I will teach the South American Republics to elect good men».

Entonces empezaron días amargos para Huerta. A más del bloqueo financiero y de la propaganda moral contra «el usurpador Huerta», facilitó la ayuda descarada a las facciones de Villa y Carranza, que combatían en el norte del país.

Entre tanto, la lucha por el petróleo entre yanquis e ingleses adquiría caracteres dramáticos en la zona de Tampico y Tuxpan, «la franja de oro negro», como también se la llamaba. Según John Hergesehiner, escritor yanqui que vivió en esa región, «los títulos de propiedad petroleros estaban todos manchados de sangre».

La caída de Huerta fué acelerada por la invasión de Méjico, ordenada por el presidente de los Estados Unidos. Veracruz, primer puerto mejicano del Golfo, fué capturado por tropas yanquis de desembarco, previa muerte de 200 hombres, mujeres y niños. Los soldados de Pershing invadían la frontera norte. Los propios enemigos de Huerta protestaron ante Wilson por esta intervención en los asuntos mejicanos. Huerta, privado de las entradas aduaneras que le significaba la pérdida de Veracruz y acosado por los sediciosos, terminó por resignar el mando (1914). Con su sucesor Carranza, jefe de los constitucionalistas, se inicia la verdadera y definitiva etapa de la Revolución mejicana, comenzada en la época de Madero. La Revolución adquirió un carácter marcado de lucha social. Los peones-soldados del ejército revolucionario exigían la reforma agraria, la distribución de los latifundios. En 1917, culmina este período de transición. Carranza, presidente sin oposición, convoca en Querétaro la Asamblea Constituyente, en la cual se aprueba la Constitución del mismo nombre. En esa época, todas las potencias imperialistas del mundo se disputaban la supremacía de éste y lanzaban a la masacre millones de soldados. A pesar de esto, las disposiciones de la Constitución mejicana, concernientes a la propiedad del subsuelo, no pasaron por alto ni a la prensa ni al gobierno yanquis. Ambos declararon de golpe contra Carranza una campaña encarnizada y sistemática. Más tarde, la insurrección volvía a ensangrentar el territorio mejicano.

Veamos en que consistían, sustancialmente, las decisiones de esta nueva Constitución, que tanta excitación producían en los medios petroleros y en su fiel servidora, la prensa yanqui.

En primer término, la Constitución mejicana estableció en su artículo 27, el derecho de la nación sobre el subsuelo. Este principio de derecho eminente, derogado el año 1884 por Porfirio Díaz del Código de Minas Mejicano, y reconocido a la sazón por todas las legislaciones del mundo, se expresaba en la forma siguiente: «Corresponde a la nación el dominio directo de todos los minerales o sustancias que en vetas, mantos, masas o yacimientos, constituyen depósitos cuya naturaleza es diferente de la del suelo». En la especificación que se hacía a continuación, se incluían, como sustancia de tal carácter, los carburos de hidrógeno, el petróleo por consiguiente, que entonces ocupaba el primer rango en la riqueza industrial de Méjico.

La Constitución estipulaba además que, para explotar un yacimiento de petróleo,

todo particular o sociedad extranjera o mejicana, debería previamente obtener una autorización escrita del gobierno federal. Que esta autorización se acordaría solamente a los nacionales o extranjeros que se allanaran a cumplir las leyes del país, es decir, renunciaran al privilegio de extranjería y, por lo tanto, a recurrir al auxilio de su embajador en caso de litigio.

Finalmente, el gobierno mejicano se reservaba el derecho de reglamentar la extracción del petróleo, a fin de evitar que las existencias de su territorio fuesen puestas en peligro por una explotación intensiva. Esta reglamentación incluía también el cobro de derechos que más tarde, había de particularizar Carranza en decretos complementarios.

Lancing, secretario de Estado americano, envió una serie de notas-protestas al gobierno mejicano, haciendo hincapié en el carácter confiscatorio del artículo 27 de la Constitución. El Departamento de Estado yanqui pretendía con esto, torcer la voluntad de un pueblo soberano para darse leyes. Carranza, en efecto, le hacía ver, en una nota, que un Estado libre «tiene derecho a decidir sobre su propia política fiscal y que, mientras ésta no haga excepción con determinados extranjeros no está legalmente sujeta a reclamación diplomática». Poco tiempo después, agregaba el secretario de Relaciones mejicano: «el criterio del gobierno mejicano en este asunto, no es ninguna innovación en el Derecho Internacional, sino la simple aplicación del principio de la igualdad entre las naciones», y que muy frecuentemente olvidan los gobiernos fuertes en sus relaciones con los gobiernos débiles. Las reclamaciones de la cancillería yanqui hablaban también frecuentemente, e insistían con particular intensidad, en la no retroactividad del citado artículo 27. Pretendían que en las concesiones obtenidas por norte-americanos entre 1884 y 1917, no podía justificarse diferencia entre la posesión del suelo y del subsuelo. Las compañías petroleras yanquis, actuando siempre de consuno con su gobierno, se negaron a pagar las contribuciones del petróleo al gobierno mejicano. Organizaron y subvencionaron la contrarrevolución, y, por medio de bandoleros asalariados, impedían a los funcionarios del gobierno la percepción de los impuestos.

Cayó Carranza a su vez (1920) y en su reemplazo quedó el general vencedor, Obregón, quien también se negó a derogar el artículo en controversia.

Con anterioridad, el gobierno mejicano, en un decreto aclaratorio del artículo 27, había establecido que la no explotación de una concesión era motivo suficiente para que —trascorrido un cierto tiempo— ésta quedase automáticamente cancelada. Para comprender el alcance de este decreto, basta considerar la enorme extensión que habían alcanzado las concesiones de las compañías extranjeras (48 millones de hectáreas). Para conservar sus derechos éstas se vieron en la precisión de apurar el trende explotación y eso explica que la producción mejicana haya alcanzado durante esos años, el segundo lugar en la producción mundial. (Véase cifras). A partir del año 22, la producción decrece rápidamente y queda reducida a menos de la cuarta parte de su cifra máxima alcanzada el año 21.

El año 20 con la presidencia de Harding, la Standard Oil alcanzaba en Norteamérica el máximun de su potencia. El gobierno americano, el parlamento, la magistratura estaban virtualmente en sus manos, —se afirma que el suicidio del presidente Harding no fué ageno a sus manejos—. Ella hacía designar como secretario de Rela-

ciones Exteriores a Hughes, cuya divisa era: «Standard must prevail». Viendo éste que no conseguía la derogación del artículo constitucional, alzó el tono exigiendo a la República mejicana, la adopción de ciertas medidas. Procedía con Méjico como representante de nación protectora con un pueblo colonial. Exigía, por de pronto, un verdadero privilegio de extraterritorialidad: «los ciudadanos norte-americanos no podrán ser expulsados de Méjico por un decreto del Presidente de la República. Para que éste tenga valor deberá ser refrendado por el embajador norte-americano». Exigía además: que debían ser acordadas indemnizaciones a los ciudadanos americanos por los perjuicios materiales y morales sufridos durante la Revolución, revolución en la cual los ciudadanos yanquis fueron muchas veces agentes activos o cooperadores; que el decreto de la Constitución exigiendo a los ciudadanos extranjeros someterse a las leyes mejicanas, renunciando a la intervención diplomática de su país de origen, se derogase en beneficio exclusivo de los norte-americanos; y, por último, que la más importante de todas las disposiciones mejicanas, la referente al efecto retroactivo del artículo 27 de la Constitución, fuese anulada.

La amenaza de una guerra contra el gobierno mejicano era permanente. Las insurrecciones contra Obregón se multiplicaban. Méjico cedió. La Corte Suprema de Méjico, declaró el año 22, en un decreto solemne, «la constitución no se aplicará a las concesiones hechas en Méjico antes de su promulgación». Pero esto no bastaba. Los esfuerzos combinados de petroleros y gobierno americanos siguieron presionando, pero esta vez los primeros cambiaban de táctica. La producción de petróleo comenzó a decaer considerablemente. Los yanquis sostenían que con las «condiciones inadmisibles» del gobierno mejicano, el petróleo obtenido no estaba en condiciones de competir en el mercado extranjero. Sin embargo, esto no era efectivo. Así por ejemplo en Setiembre de 1926, el costo total del metro cúbico de petróleo crudo ligero fué de 7,49 pesos mejicanos y el de crudo pesado 5,64. Ambos se vendieron respectivamente a 18.87 y 14.47 pesos mejicanos. La ganancia fué, pues, mayor del 100%. En esa época el barril de petróleo mejicano en la costa valía 0.87 dólares el crudo pesado y 0.75 el liviano. El petróleo yanqui, incluído gastos de producción y transporte costaba 1.10 dólares. Los beneficios eran, pues, notables, para los capitalistas.

Las razones de la reducción de la producción petrolera en Méjico eran claras. Con ella se quería intimidar al gobierno mejicano. Los impuestos logrados por el rubro de derechos petroleros disminuían vertiginosamente. En 1922, época del comienzo de la depresión, el gobierno mejicano percibió 86 millones de pesos. En 1926, 35 millones. En 1928, el monto era aún mucho menos.

Para un país pobre, desangrado, como Méjico, esta disminución de las contribuciones tenían peligros evidentes. Con los derechos de petróleo Méjico hacía el servicio de su deuda externa y esta verdadera estrangulación financiera influía sobre la estabilidad del gobierno. Otro motivo importante de reducción de las exportaciones mejicanas era debido a la concurrencia cada vez más poderosa del petróleo extraído de Venezuela. El general Gómez, especie de Porfirio Díaz venezolano y modelo de gobernante según los antropoides de la prensa eriolta, y su familia gobernaban el país y daban las más singulares facilidades a los capitalistas extranjeros del petróleo. Enormes yacimientos acababan de ser descubiertos en Maracaibo. Las sanguijuelas de Méjico abandonaron precisamente sus aparatos de succión y se lanzaron a la explotación del

paraíso venezolano, donde las facilidades del poder, la mano de obra miserable, les ase-
 raban pingues ganancias. Tampico y Tuxpan veían desaparecer progresivamente sus
 pozos de petróleo. Por esto en 1925 y 1928 el gobierno mejicano se veía en la necesi-
 dad de hacer nuevas concesiones, nuevas modificaciones de su legislación, en favor del
 petróleo extranjero. Dwight Morrow, embajador yankee—gran financista y partidario
 de la penetración pacífica de su país en la América Latina—obtenía en efecto la con-
 firmación de que de la no retroactividad de la Constitución del año 17, se confirmaban
 los derechos adquiridos entre 1884 y 1917, para el sub-suelo. Los capitalistas yankees
 que en ese lapso de tiempo habían adquirido la superficie eran también propietarios
 del sub-suelo, y para las concesiones obtenidas entre 1917-25 se aseguraba un derecho
 de preferencia. El reverso de la medalla por parte del gobierno yankee son segurida-
 des al gobierno federal de no intervenir en los negocios internos de Méjico. El capital
 financiero triunfaba.

Para terminar veamos cuales son las posiciones respectivas, en millones, de ba-
 riles para los 4 primeros países productores entre los años 1927-1929.

Año 1926	1.º	EE. UU	775 millones de barriles
	2.º	Méjico.....	90 " "
	3.º	U. R. S. S.	61 " "
	4.º	Venezuela	27 " "
Año 1920	1.º	EE. UU.	903 " "
	2.º	U. R. S. S.	72 " "
	3.º	Venezuela	65 " "
	4.º	Méjico	64 " "
Año 1928	1.º	EE. UU.	902 " "
	2.º	Venezuela.....	165 " "
	3.º	U. R. S. S.....	87 " "
	4.º	Méjico.....	50 " "
Año 1929	1.º	EE. UU.	1005 " "
	2.º	Venezuela.....	128 " "
	3.º	U. R. S. S.....	98 " "
	4.º	Méjico	44 " "
Año 1930	1.º	EE. UU	1000 " "
	2.º	Venezuela	137 " "
	3.º	U. R. S. S.	103 " "
	4.º	Méjico.....	45 " "

Obsérvese en los datos señalados la disminución progresiva de la producción
 mejicana, y el ascenso creciente de la Venezuela. De paso llamamos la atención sobre
 la U. R. S. S. que ocupa el 3.er rango, y país donde la producción socializada promete
 tan interesantes resultados.

(Continuará).

LA SOBRE-PRODUCCION DE TRIGO,

por Arturo Cello

PARA MASTIL

Las naciones europeas beligerantes se encontraron en el curso de los cuatro años de guerra aisladas de sus habituales graneros: Rusia y los Países Danubianos. Se comprende, entonces, que en éstas circunstancias donde la producción no alcanzaba a satisfacer el enorme consumo, se tuviera que importar de los países de ultra mar para así compensar este déficit; y bajo la influencia de esta demanda y de precios altos (que alcanzaba a 300%), los agricultores de los Estados Unidos, Canadá, Argentina, aumentaron apresuradamente sus sembrados, desmontando una parte de sus tierras vírgenes.

Cuando la guerra terminó, el movimiento ascencional de la demanda no se detuvo, porque era preciso aprovisionar de cereales de ultra mar a las poblaciones hambrientas de Europa central y oriental.

En el curso de los años que siguieron a la guerra, la superficie de terreno sembrado en los Estados Unidos, Canadá, Argentina, Australia, aumentó en más de catorce millones de hectáreas y la recolección anual del sembrado en estos países aumentó a más de 20.000.000 de toneladas.

El "Food Research Institute" de la Universidad de Stanford (California) dá a este respecto los siguientes datos:

Países.	Millar de toneladas.		
	De 1909 a 1913	De 1923 a 1927	1928
Estados Unidos ..	16.310	22.350	24.500
Canadá	5.350	11.280	14.500
Argentina	4.000	6.120	8.350
Australia	2.450	3.720	4.380
Total	28.110	43.470	51.730

A partir de 1919 en todos los países de Europa, con exclusión de Rusia, la reorganización de la producción agrícola no sólo alcanzó el límite de sembrados de antes de la guerra, sino lo sobrepasó. Esto no solamente sucedió en los países exportadores, pues también pasó en Francia, Inglaterra, Alemania, países que antes de la guerra importaban cantidades considerable de cereales. Esta política fué dictada tan-

to por consideración de orden financiero, como por el deseo de consolidar la clase campesina, considerada como el sostén del orden social, seriamente amenazado después de la guerra. Terminado el conflicto, la producción de trigo en los países europeos aumentó en un 10.5%. La cantidad total de trigo que se ofreció al mercado mundial en 1928 fué 31% superior a la de antes de la guerra.

El consumo de trigo no ha seguido la misma trayectoria de la producción, al contrario, bajo la influencia de diversas causas el consumo de trigo ha disminuido en una fuerte proporción, en los Estados Unidos y en una menor, en Europa occidental y central. Una de las causas de esta disminución ha sido la lentitud y algunas veces el detenimiento del aumento de la población en diferentes países. Otra, las profundas modificaciones que ha sufrido la composición de la alimentación: el aumento del bienestar ha provocado el desplazamiento del pan, en parte por otros alimentos, y la nueva teoría de las vitaminas ha hecho aumentar la proporción de legumbres y frutas en la alimentación.

Consumo de trigo por habitante en kilogramos.

	1909-1914	1922-1927
Estados Unidos	146	133
Canadá	312	188
Argentina	178	151
Alemania	92	65
Bélgica	228	181
Gran Bretaña	163	153
Francia	224	195

Consecuencia de la ruptura del equilibrio.

La ruptura del equilibrio entre la producción y el consumo ha tenido una doble consecuencia: una acumulación enorme de stocks de trigo en todos los países y una baja del precio.

Cuadro que demuestra el aumento del stock en el curso de los cinco últimos años.

1.º Setiembre de 1926	4.975.000 toneladas
" " 1927	5.580.000 "
" " 1928	6.338.000 "
" " 1929	11.840.000 "
" " 1930	12.768.000 "

En cuanto al precio de trigo en Chicago ha sufrido las siguientes fluctuaciones:

1914—Julio	quintal = 2.85	dollars.
1919—Diciembre	" = 13.—	"
1925—Enero	" = 8.10	"
1930—Mayo	" = 3.5	"
1930—Junio	" = 3.25	"
1930—Setiembre	" = 2.73	"

El desequilibrio que estudiamos trajo, como se desprende de lo anteriormente expuesto, una crisis violenta, con reacción, como es de entender, de los interesados. Pero la reacción, sobre todo cuando sale ésta de los Estados Unidos de Norte América y del Canadá, tendrá que fatalmente complicar esta situación en lugar de mejorarla.

Política Canadiense y Americana

La "Canadian Wheat Pool" o "Canadian Cooperative Wheat Produces Ltd", fundada en 1924, es la organización más poderosa y la más interesante en el dominio del comercio internacional de cereales.

El Pool es una cooperativa de más 133.000 miembros y por la cual pasa la mitad de la cosecha canadiense total. Su exportación iguala a la quinta parte de las transacciones mundiales en trigo.

Además de tener un "Bureau" central de ventas, el Pool engloba una serie de Pools provincianos, cuatro compañías de "elevadores" de trigo y una compañía de seguros. Los miembros de los pools provincianos son todos agricultores que eligen tanto el personal administrativo local como el director del Pool central y los miembros del "Bureau" de venta.

Los miembros del Pool están obligados a remitir a éstos todas sus cosechas de trigo que son guardadas en los 1600 elevadores (especies de silos), pertenecientes a esta Cooperativa y que tienen una capacidad alrededor de 53.000.000 de bushels (el bushels equivale a 36 litros 35).

Por el trigo remitido al Pool los agricultores reciben adelantos bajo la forma de recibos (un dollar por bushel) descontables en todos los grandes bancos locales. En otoño, época de los trabajos campesinos, reciben un segundo adelanto y el tercero en el momento de la cosecha. El descuento definitivo se hace después de la liquidación de la cosecha, según precios uniformes para todos los asociados. La cosecha es vendida por un organismo central único, "The Central Felling Agency" que negocia como propietario de todo el trigo, de los elevadores del Pool. Posee oficinas en las principales ciudades del mundo y está en contacto estrecho con todas las Bolsas de Comercio.

Pero el Pool se extralimitó pronto de sus verdaderas atribuciones y a partir del año 1929 trató de dictar los precios del mercado mundial, guardando en sus elevadores varias centenas de millones de bushels de trigo en la esperanza de mantener así los precios. En un principio, se pudo creer que la política del Pool sería eficaz: los precios comenzaron a subir y alcanzaron en Agosto de 1929 a 1.65 dollars el bushel; este precio, sin embargo, no le pareció al Pool suficiente. Se esperaba alcanzar el precio de dos dollars; pero los cálculos fallaron. Los dirigentes del Pool no tomaron en consideración que Europa había aumentado sus siembras y que estaba en situación de disminuir sus compras de trigo extranjero.

Tampoco tomaron en cuenta las enormes reservas que las cosechas precedentes habían dejado en Estados Unidos. En Octubre y Noviembre de 1929 los Estados Unidos, cuya cosecha por otra parte había sido muy abundante inundaron el mercado mundial con su trigo y los precios bajaron rápidamente hasta 1 dollar por bushel, es decir, hasta el nivel a que ascendían los adelantos que el Pool Canadiense concedía a los agricultores por el trigo que le era confiado.

Una nueva baja amenazaba a la economía canadiense entera como una verda-

dera catástrofe que habría afectado duramente al conjunto de Bancos del país que habían adelantado dinero al descontar los recibos dados por el Pool.

Si la situación así creada hubiera obligado al Pool a liquidar apresuradamente sus stocks, la baja de los precios se habría precipitado, arrastrando así a una seria agravación de la crisis mundial.

Frente esta amenaza el Pool pidió auxilio al Estado que consintió en garantizar a los Bancos, en caso de fracaso, el reembolso de las sumas adelantadas a los miembros del Pool.

Esto permite al Pool guardar los cereales para realizarlos, pero no es más que un paliativo que no resuelve la cuestión.

La política del Pool canadiense ha dado, por consiguiente, nacimiento a una formidable especulación.

Su error—por otra parte el mismo, de la mayoría de los Sindicatos análogos—ha consistido en no tratar de luchar con la crisis, forzando a los hacendados a restringir sus miembros, sino en tratar de elevar los precios ya fijados a un nivel alto, lo que estimulaba necesariamente a los productores no solo del Canadá sino del mundo entero a aumentar sus miembros.

La experiencia del Wheat Pool no ha servido de lección al Federal Farm Board, adscrito al Ministerio de Agricultura de los Estados Unidos de Norte América: el Farm Board ha repetido fielmente los errores de la política seguida por el Pool Canadiense.

El 15 de Junio de 1929 el Gobierno Federal ante la baja continua de los precios del trigo ha abierto al Farm Board un crédito por 500.000.000 de dollars para la compra de trigo en el mercado americano interior. El Farm Board y la Corporation, para la estabilización de los precios, han hecho grandes compras a fin de mantenerlos a 1 dollar por bushel, pero sus esfuerzos no han dado resultado.

Los precios continuaron bajando y en un momento dado, cuando pequeñas cantidades de trigo soviético hicieron su aparición en el mercado mundial, el precio del bushel alcanzó a 35 centavos. Los precios se han elevado posteriormente y son en la hora actual de 77 centavos más o menos, pero la situación del Farm Board es, sin embargo, difícil. Tiene contratados entre sus manos más de 120.000.000 de bushels de trigo sin saber donde colocarlos. La introducción en el mercado de esos stocks provocaría una verdadera catástrofe, ya que el poder de absorción de los países consumidores europeos no sería suficiente para ayudar a liquidar esas cantidades enormes. Toda clase de proyectos se han planteado para liberar al Farm Board de sus reservas sin excesivas pérdidas y aún se ha llegado a aconsejarle el utilizar el trigo para alimentar puercos, ya que la cosecha de maíz había sido deficiente.

Finalmente, el Farm Board ha dirigido a los agricultores americanos un llamado patético invitándolos a disminuir las superficies sembradas y salvar así la agricultura americana. El Farm Board declaró que iba a verse obligado a suspender sus compras y a dejar a los productores en libertad para que arreglaran sus negocios como pudieran. Y, en efecto, en la segunda mitad del mes de Marzo, el Farm Board ha puesto en ejecución esta amenaza provocando así una nueva caída de precios. Naturalmente estos países—Estados Unidos y Canadá—sufren las pérdidas correspondientes a la disminución del poder adquisitivo de sus agricultores. La crisis agrícola se hace así uno de los factores de la crisis económica mundial.

(Continúa en la página 41)

Dos capítulos del libro "Mujeres, Paisajes y Templos,"

por Eugenio Orrego Vicuña

PARA «MASTIL»

Se debe a la especial deferencia de su autor, que demos a conocer dos capítulos del libro de viajes «Mujeres, Paisajes y Templos», que Eugenio Orrego Vicuña publicará próximamente en una Editorial de Montevideo.

EL KOJIKI NARRA LA HISTORIA DEL EMPERADOR QUE SUPRIMIÓ LOS IMPUESTOS.

Desde el pequeño hotel de la Isla de Enoshima, en Kamakura, contemplo el mar. La mañana cabrillea de sol y en la playa hombres y mujeres se bañan. El ambiente es alegre. Cerca de mi habitación, en la calle misma, un grupo de chicos rodea al narrador de cuentos. Lejos, sobre una colina aproximada por la atmósfera pura, advierto el Templo de Kwannon. Un monje toca enorme campana, y el viento trae sus sonos. El mar azul está sembrado de botes pescadores con blancas velas al viento...

A mi vera un amigo traduce a media voz algunos de los admirables relatos del Kojiki (1).

¿Sabéis por qué el antecesor de Ritsu, emperador del Japón, se hizo famoso? El Kojiki lo cuenta...

(1) El Kojiki o «libro de Cosas Antiguas» es, en cierto modo, la Biblia japonesa. Aparecido el año 712 de la era cristiana, puede considerársele como el monumento más antiguo de la literatura nipona. Consta de tres libros. En el primero se narra la Edad de los Dioses o sea la mitología nacional en la cual tiene su origen la religión shinto. El segundo, que comprende la Edad Humana, permanece en los dominios de la leyenda y sólo el tercero se interna en la historia real.

Esta obra extraordinaria ha sido completada y corregida por el NIHONNGHI — «Crónica del Japón» — que apareció en el año 720, escrita en caracteres chinos.

Cierto día en que el celeste soberano subió a una alta montaña pudo darse cuenta de la miseria en que vivía su pueblo. Del valle no subía una sola humareda. Conmovido, ordenó la supresión de todos los impuestos durante un plazo de tres años.

Comenzó el tiempo a correr y el palacio imperial a arruinarse. En el invierno la lluvia entraba por todas partes, más ninguna reparación era ordenada. Recojía el agua en pocillos y los cortesanos buscaban refugio en los sitios que no tenían grietas. La ruina del palacio fué completa y por los hoyos de la techumbre penetraba la luz de las estrellas.

Pero el emperador se regocijó viendo que desde el valle subían humaredas de todas las casas y el pueblo era feliz. «Ahora estamos verdaderamente prósperos» dijo. La emperatriz interrumpió, admirada: «¿Qué entiende usted por prosperidad?». «Hay prosperidad, repuso el soberano, cuando las humaredas llenan la tierra y el pueblo asciendo libremente a la riqueza».

O ZUMO

Bajo las cúpulas que reverberan al sol la multitud se amontona en el Koku-guikan, en el último día de las grandes luchas. La vasta sala, techada y circular, pareciera plaza de toros según es la agitada pasión que se advierte en los semblantes de los espectadores, impasibles de ordinario, o un gran circo en que se definiese el campeonato mundial de box. El ring, en el centro, cubierto a la manera de templete chino, concentra ávidas miradas y un mundo se agita en las graderías que suben hasta el techo: mujeres de kimonos pintorescos y hombres sumidos en la vulgaridad típica del mac-farland japonés, cuando no en la túnica parduzca que es la clásica vestidura criolla de los hombres del pueblo. Algunos comen, se ajitan, abren cajas con vituallas. Por los pasillos circulan servidores que llevan teteras humeantes, y abajo, en el centro del redondel, se desarrollan las luchas.

En el ring de barro endurecido, que contornea círculo de paja, como claro límite de la riña, los cuatro shihon-bashira, cruzadas las piernas sobre los cojines e inmóvil la casi vidriosa mirada, desde la majestad de sus papeles observan el espectáculo.

El primero de los **O Zumo** va a comenzar. Desfilan lentamente los campeones, desnudos hasta la cintura, desde la cual cae a sus pies vestidura recamada en oros y colores brillantes, con sencillos dibujos. Todos hacen ante el palco imperial el homenaje de su ofrenda, como los gladiadores romanos cuando se inclinaban ante el César. Nada hay de nuevo bajo el sol.

Luego reaparecen desnudos, sin más que una cintura de recia cuerda de seda. Hombres gordos, casi deformes o mejor dicho muy deformes, con vientres prominentes, ahitos de grasa y firmes de musculatura. Tal monstruos nuevos que van a desplegar la habilidad de un deporte raro y emocionante.

El **guyoji** dirige el encuentro. Envuelto en amplio kimono rameado, lleva en su mano el gunbay con largo cordón de seda que agita, adoptando posturas de acecho.

Los luchadores ascienden al **Do jyo** y se contemplan. Con acompasado movimiento abren las piernas musculosas y clavando en ellas sus manos las alzan y asientan en el suelo fuertemente. Se tornan, descenden, toman una buchada de agua, la esputan, suben de nuevo, se espían, meditan, bajan una vez más, vuelven a subir; pónense en cuatro piés, con las cabezas alzadas, como gallos que se aprestan a la riña...

Uno se levanta, el otro se retira, y tornan a bajar, repitiendo la maniobra muchas veces en espera del momento oportuno. Y así, cuando menos pudiera esperarse, se arrojan el uno sobre el otro, se cojen por la cintura, pugnan en un encuentro de masas humanas, de vientres pulposos que se pegan y forcejean, de músculos que se distienden, de biceps que se incrustan. Y de pronto alguno da una semi vuelta en el aire y cae pesadamente fuera del **Do-ijo**. La lucha corta, de breves instantes, ha terminado.

Y así las otras que dividen los ánimos, arrancan gritos y hacen ahullar de placer a muchos. Algunos entusiastas saltan junto al ring y la masa tiene movimientos ondulosos de tempestad que siguen el ritmo de las emociones que se suceden. Otros luchadores han subido a la liza y otras luchas se efectúan. Hay quienes gritan los nombres de los ídolos populares; ídolos de un día, héroes de una breve temporada, que cederán paso a las celebridades de mañana. «¡O-no-Sato!» rugen las tribunas populares. O-no-Sato monta al **Do-ijo**. O-no-Sato cae derrotado. Hay rumor de desaliento.

Va a comenzar el **O-Zumo** de fondo, la lucha de mayor interés. El público se apresta. Tsume-no-Hana, campeón membrudo y enorme, atleta que realiza en su carne abundosa y potente el ideal físico de los luchadores de **zumo**, se dispone para el combate. Su rostro tiene rigideces de tigre en acecho de la última victoria que debe coronar los diez triunfos de la temporada cuyo término estamos presenciando. Y, después de aguardar el momento propicio, se arroja, súbito, sobre Noshiro —gata, su contendidor. La lucha es corta e intensa cual conviene a tan insignes campeones. Noshiro cae sobre los límites y ante el aplauso inmenso y trepidamente de toda la sala Tsume-no-Hana recibe la copa de plata que ofrendan los príncipes al vencedor. Su rostro no traduce, ahora, ninguna emoción y al inclinarse ante el público no parece menos indiferente que el de los impassibles, magestuosos **shihou-bashica** que sentados sobre cojines observan las luchas.

Ha caído la tarde sobre el circo, iluminado profusamente por guirnaldas eléctricas. Un intervalo permite descansar de emociones al público que se consagra a consumir golosamente las vituallas de que ha ido apercebido. Por los pasajes internos, bajo las huecas graderías, hay tenduchos, pequeños restoranes, puestos de policía, cantinas de refrescos y la multitud circula incesante, lenta, gozosa de vivir y saborear emociones humanas. Sus pasiones son pacíficas y los **zumos** las provocan, las colman y las desfogan.

En el interior del Koku-gui-kan las luchas han terminado. Desfilan nuevamente los campeones del partido vencedor y en las manos del más victorioso de ellos, el **gui-oji**, gravemente poseído de su misión, coloca el estandarte de los triunfos.

Los campeones saludan el palco imperial, vacío ya, y desfilan envueltos por la concurrencia que se agolpa a las puertas de salida, se apretuja, pugna, codea y escapa esparciéndose, con bullicio de comentarios, por las callejas del barrio de Rio-goku, a las orillas del Sumida-Gawa.

LA FALTA DE UNIDAD Y DE POBLACION COMO FACTORES INMEDIATOS DEL FRACASO ECONOMICO IBERO-AMERICANO,

por Augusto Santelices

PARA MASTIL

(Conclusión)

5.—EL PROFESIONALISMO Y LA BUROCRACIA EN UN SISTEMA PODEROSO

En cuanto al profesionalismo, la empleomanía, el derroche de dinero en artículos de lujo de nuestros criollos adinerados, aún siendo un mal, es necesario reconocer que es un mal frecuente también en las grandes naciones, y sin embargo, no las afecta. La diferencia y el verdadero mal está en que esos profesionales, empleados o aristócratas consumen dentro del sistema económico; la moneda no sale del círculo, sólo cambia de mano. Así el inglés, el francés o el norte-americano gasta el dinero que heredó, o recibió, por cualquier medio, en autos, sedas o artículos que le venden los productores de la misma nacionalidad. Luego no hay una disminución de riqueza. Aún más, en algunos estados, como Francia, la burocracia es enorme, pero es precisamente esta misma burocracia la que con sus consumos dá trabajo a las industrias.

Lo grave está en que ese profesionalismo y esa burocracia absorban todas las actividades y todos los talentos de una nación, la que entonces carece de las industrias que produzcan lo necesario para su consumo, y tiene que acudir a la importación. Lo que nos falta entonces es formar esos productores, sea educando en ese sentido a la juventud, sea trayendo colonos extranjeros; pero sin destruir la clase de los consumidores a que nos estamos refiriendo, porque si la suprimimos, ¿para quién van a trabajar nuestras industrias? El empleado con buen sueldo es la mejor demanda para provocar la producción.

Una oferta amplia y constante, en cambio, no provocaría por sí sola una demanda sino quizá a muy largo plazo; y nuestros escasos y pequeños capitales no resisten esa espera. Sólo el fuerte capitalismo norte-americano puede triunfar con ese método, pues con sus reservas, no teme perder temporalmente, ante el lucro futuro, asegurado con la derrota de sus competidores.

Es por todos estos motivos que el problema de la consolidación y la colonización se presentan como de una urgencia decisiva para América Ibérica. Es esa unión la base necesaria para que el grupo social ibero-americano se constituya y viva. Debemos entonces clamar por esa alma y ese cuerpo que nunca hemos tenido. Debemos clamar por nuestra síntesis. Los países australes de este continente son partes de un todo; se complementan, pueden y deben formar un sistema, un bloque económico-social, que redundará en mutuos beneficios.

Cabe observar a este respecto que el mismo capitalismo norte-americano está ayudando, sin quererlo, a la idea de la unión americana, al aproximar estos pueblos entre sí por medio de los caminos, los FF. CC., las líneas de telégrafos y teléfonos, y finalmente por las rutas aéreas con que actualmente domina la gran barrera de los Andes y la inmensidad de las llanuras.

Es necesario que nuestros patriotismos restringidos se fundan en un grande y fuerte nacionalismo americano. Sólo en la cooperación está nuestro porvenir. Ese es el secreto de los grandes estados modernos. Nuestro pasado y nuestro futuro han debido y han podido ser unos mismos. Tenemos todos los caracteres de una misma nacionalidad: comunidad de sangre, de origen, de historia, de lengua, y por sobre todo comunidad de aspiraciones y de necesidades. La unidad de raza es ante todo la unidad de espíritu. Esta es la verdadera base de las modernas nacionalidades. En todos los grandes estados hay las más diversas capas étnicas; pero están fundidas en un solo interés, en una misma idealidad. No sintamos nuestra nacionalidad mirando al punto de partida, sino al de llegada.

Es esta la conciencia y la intención que debemos infiltrar en nuestro sueño: ser nosotros mismos, encontrar nuestro yo, complementarnos para formar el todo. Es preciso borrar las aduanas y propender al intercambio espiritual y mercantil entre los países ibero-americanos.

«Es necesario que los países de este continente vayan creando un concepto del patriotismo que reduzca el orgullo nacional...y que cada día todo argentino, todo mejicano y especialmente los miembros de los países más fuertes de América, den el ejemplo de irse sintiendo menos argentinos, menos mejicanos y más hispano-americanos, más identificados con el interés común de la raza, con los problemas nacionales». — (Vasconcelos).

6. — IMPORTANCIA DE LA POBLACION Y DE LA COLONIZACION

Es por todo esto que pensamos que si la actual Ibero-América, inconexa y desprovista de sentido, quiere abandonar su posición refleja y subalterna dentro del desarrollo de Occidente, debe seguir el ejemplo de ese desarrollo, no en sus efectos, no ya en lo estático, no en lo ya elaborado, sino en su parte fecunda y generadora, en sus mismas fuentes de energía.

Debemos seguir a las naciones de Occidente en su conciencia de raza y de nacionalidad; en su fuerza de crecimiento y de progreso; en su productividad, pero no en sus costumbres, sus leyes o sus artes, cristalizaciones ya objetivas de su peculiar idiosincracia; ni en el uso de lo que ellos lograron orgánicamente producir y que para nosotros son milagros de artificio.

«Nosotros, como todo el mundo, vivimos en frente de una raza poderosa organizada a la perfección, consciente de su misión histórica y dueña del planeta: la raza anglo-sajona. Yo no predico el odio: todo lo contrario; debemos admirarla: ha realizado conquistas inmensas y precisamente una de las fuerzas, una de las causas de ese poderío es que ella conserva vivo el sentimiento de raza y pone siempre el sentimiento de raza por encima de los demás problemas». «Nos toca imitar a los pueblos que han llegado a la grandeza imitando sus métodos, y uno de los secretos es ese: el fomento, la consciencia del sentimiento de raza». — (Vasconcelos).

El territorio, la población, la voluntad del hombre, son esencialmente los factores de la evolución moderna, del poderío económico, del cual depende hoy no sólo la seguridad, sino la existencia misma de las naciones.

Debemos cultivar nuestro nacionalismo, el amor de lo propio, de lo nuestro. Debemos iniciar el descubrimiento de nosotros mismos. Dejar la forma hecha, el viejo molde; hacer que la educación, la ciencia, el arte no se dirijan a la imitación sino a la investigación; no a la reproducción sino a la creación de valores originales, para que así, sea el nuestro un nacionalismo intuitivo, que fluya de nuestra conciencia de formar un todo orgánico creador y distinto. No el nacionalismo expansionista, consciente e insolente, el imperialismo de Gran Bretaña o EE. UU.

Debemos apresurar nuestro crecimiento, llenar el paisaje de movimiento y de energía; extender la ciudad hacia el campo, multiplicar nuestro factor humano. Cuánto se haga por aumentar la población e incorporarla a la vida económica y cultural no será suficiente. El combate de las epidemias y de la mortalidad infantil; los premios y recompensas a las familias numerosas; la rehabilitación de la masa indígena, el fomento de la inmigración de colonos extranjeros, la división de nuestros latifundios, el fomento del ahorro y la formación de capitales, son medidas de urgente realización.

7. — LA VERDADERA PATRIA DEL COLONO: «UBI BENE, UBI PATRIA».

El colono, al revés del capital extranjero, viene a formar parte de nuestro sistema económico, viene a incorporarse a nuestra nacionalidad. Recordemos la clara distinción del Dr. Keller: debe considerarse la nacionalidad «bajo tres diferentes aspectos:

a) la jurídica nos dice en qué relaciones de derecho se encuentra un individuo frente a un estado: se trata de relaciones-formales;

b) la económica nos dice a qué sistema económico ingresa la renta producida por un individuo;

c) la sociológica nos dice a qué grupo cultural pertenece un individuo.

Ejemplo: un inglés emigra de su país: viene a establecerse en Chile y adquiere su nacionalidad jurídica. En seguida emigra a la Argentina y se dedica allá a la agricultura, sin regresar a su país. Es en el sentido jurídico, chileno; en el económico, argentino y en el sociológico, inglés. La nacionalidad económica es la más importante en la fase de la civilización del desarrollo de los pueblos».

Por otra parte, el peligro de que una excesiva inmigración desplace la nacionalidad autóctona y forme una masa cosmopolita y amorfa, es un temor ilusorio. El ejemplo argentino es elocuente: allí está la muestra de las ventajas de la poderosa inmigración y de la falsedad de esos peligros.

Precisamente, la característica propia de la Argentina, es su enorme inmigración: cada año arriban a sus playas más de 100 mil inmigrantes de todas las nacionalidades europeas.

Sin embargo, no puede afirmarse que estos extranjeros sigan manteniendo su nacionalidad, sus hábitos, sus características. Algunos suelen regresar, enfermos o vencidos, pero de los que se quedan, puede asegurarse que la totalidad, sea con sus oficios, sus industrias o sus pequeños comercios, se incorpora al ritmo argentino, se vincula agradecida a la tierra que les da pan y techo y dignidad.

Se sienten factores y solidarios de su destino y progreso. La ven crecer a ojos

vistas como crece la Argentina. El medio los gana. Ceban mate, canturrean tangos y bautizan a sus hijos con el agradecido nombre de Américos o Argentinos. Pero esto no es sino el primer proceso de la polarización. Aquella se completa con la generación siguiente.

En efecto, con el enorme aluvión heterogéneo, la Argentina podría ser una nueva Babel. Y no lo es. El hijo de italianos o españoles, que juntos forman el 75 por ciento de la inmigración, se siente rabiosamente argentino. Hay un rencor secreto contra el continente que expulsó a sus padres y un amor auténtico a la tierra que les brindó tranquilidad y reposo». (Manuel A. Seoane. — Rumbo Argentino).

«Ubi bene, ubi patria». «Las gringas paren gauchos», ha dicho Leopoldo Lugones

La colonización con elementos extranjeros, en grandes escalas, es el problema fundamental de los países ibero-americanos. Así lo han comprendido el Brasil y la Argentina y ya hemos visto la forma bien visible en que progresan. Argentina, en poco tiempo más, tendrá unos 15 o 20 millones de habitantes; es actualmente el único país del continente que puede erguirse con orgullo e independencia frente al imperialismo norte-americano. Los más agudos observadores le aseguran el más sólido porvenir. Será indudablemente una de las más grandes naciones del futuro.

8.—EL DEBER NACIONALISTA DE IBERO-AMERICA

Todos los países hispano-americanos debemos seguir su ejemplo. En todos ellos «debería producirse una corriente inmigratoria de pequeños artesanos y de pequeños industriales. Ellos son los únicos que merecen la protección del Estado. Pero nuestros sabios políticos han tratado de crear artificialmente la grande industria, con despojo de toda la nación. Se han adoptado las doctrinas de List y se ha olvidado que el mismo List dice que el objeto de la protección aduanera consiste en desaparecer tan pronto existan las industrias que trata de crear. Una protección aduanera superflua trae consigo un aumento del costo de la vida de las grandes masas y es, en consecuencia, un verdadero mal para un país. Además me parece un poco quijotesco querer crear grandes industrias para algunos millones de habitantes, de los cuales la mayoría vive en míseros ranchos y se alimenta de porotos». (Dr. Carlos Keller. — La Estructura Económica de Chile. — Atenea).

No es posible crear industrias en América para una población reducida que vive en una forma rudimentaria. En este sentido, hace un bien de incalculables proporciones el buen salario que se pague al gañán, que tarde o temprano irá a despertar algún deseo de civilización y comodidad, a provocar nuevas necesidades. Una vez que esas necesidades existan podrá venir la industria que las satisfaga. Pero mientras no haya esos consumidores, mientras sea de 5 habitantes por kilómetro cuadrado la densidad de Ibero-América, ¿cómo podremos tener industrias, economía progresista?

Es preciso traer y amparar estos colonos; radicarlos, darle campo a sus actividades; formar con ellos los pequeños propietarios, dividir nuestros latifundios, proceder a la explotación nacional e intensiva de nuestras riquezas. (En Chile la gran propiedad llega hasta el mismo corazón del país: hay que empezar por ella la colonización).

Pero junto con traer al inmigrante extranjero que viene a radicarse a América, como el colono de Valdivia o de las pampas Argentinas, hay que sustituir por capitales nacionales los capitales extranjeros que explotan nuestros recursos económicos,

que nos invaden como mareas pasajeras, para retirarse llevándose nuestras reservas y dejando al país empobrecido. «Sólo dejan los hoyos» dice la popular expresión.

Del mismo modo como el italiano radicado en América, pasa a ser americano, del mismo modo el nacional que trabaja en una empresa extranjera, con su domicilio en el país de origen, es económicamente extranjero. Un obrero chileno en Potrerillos es económicamente norte-americano, pertenece al sistema económico de ese país.

«Las naciones son, para emplear, un concepto físico, campos de gravitación y sus límites se extienden hasta donde alcanza su influencia y su poder. Los Estados Unidos se extienden hasta Chuquicamata y El Teniente. Y el surgimiento de la empresa Guggenheim en la industria salitrera chilena no es sino una etapa en la lucha económica entre la nación inglesa y la estadounidense». (Carlos Keller. — La Estructura Económica de Chile. — Atenea).

Debemos, pues, combatir las empresas extranjeras cuyas acciones y cuyo arraigo está en el extranjero, y no vienen al país sino a explotar nuestras reservas, sin dejar más provecho que unos míseros salarios, sueldos, fletes o impuestos, que nada compensan. Estas empresas y estos capitales, es necesario convencerse, son absolutamente extranjeros: la ganancia íntegra va al país de origen; las materias primas que extraen, sin costo alguno, nos las devuelven después manufacturadas y debemos pagarlas por su triple valor; aún los materiales de construcción, los víveres, las conservas, cuánto pueden, lo adquieren fuera del país. Una Compañía norte-americana de teléfonos, prefiere pagar \$ 60 por un poste norte-americano que \$ 40 por uno de Chile.

Sin duda los capitales extranjeros son necesarios para el desarrollo de la economía de países poco evolucionados, como los nuestros. Ya hemos hablado al respecto. Pero es preciso sustituir ese capital, absorberlo por el capital nacional, porque de lo contrario no tendremos ni evolución, ni progreso propio; no tendremos desarrollo orgánico; no tendremos siquiera la propiedad y la integridad de nuestro suelo; perderemos nuestra independencia.

Debemos fomentar el ahorro, único medio de crear capitales nacionales y evitar nuestra complicidad con el capital extranjero: sepamos siquiera que nos traicionamos a nosotros mismos al pagar un tranvía, un teléfono o un neumático; que con ello disminuimos la riqueza ibero-americana y aumentamos la extranjera, y producimos así un mayor desnivel que se traducirá en la depresión de nuestra moneda y en el encarecimiento de esos mismos artículos que estamos pagando.

Debemos fomentar el sentimiento, la conciencia nacional. También en esto, en el orgullo, en la vanidad nacional, debemos imitar a la Argentina. En este caso, como en tantos otros, el defecto viene también a ser una virtud.

«La vanidad es pecado de juventud. Podría decirse que Argentina está viviendo sus 20 años. Esos deliciosos 20 años que nos emancipan de los padres y nos hacen dueños y reformadores del mundo y sus contornos. Y esto es virtud en los jóvenes y en los pueblos. Se traduce en empuje, en confianza en sí mismo, en vigor. Los países del Pacífico suelen entregarse a una maledicencia casera, a una burla perenne de lo nacional, al abandono y derrota. Tenemos hábitos de vejez. En cambio el argentino posee una alta idea de sí mismo». (Manuel A. Seoane. Rumbo Argentino).

Y esta alta idea de sí mismo, reconoce el propio Ortega y Gasset, que ha caricaturizado la vanidad argentina en su ensayo «El Hombre a la Defensiva», que es

«la causa mayor del progreso de ese pueblo y no la fertilidad de su tierra ni ningún otro factor económico».

Dado, pues, el momento histórico que vivimos, «es preferible esta vanidad orgullosa y creadora, apoyada por un capitalismo que aún no es omnipotente y que rechaza las influencias imperialistas, y nó esa tímida humildad de los que piden manos rubias para iniciar un proceso de pseudo civilización». (Manuel A. Seoane. Artículo citado). Debemos seguir el ejemplo argentino en todas sus partes. Es tiempo ya que reneguemos de nuestra falta de valor, de nuestro desprecio por lo propio, y que echemos las bases de una nacionalidad que pueda desarrollarse orgánicamente, con sus propias fuerzas.

En la Argentina se trata de atraer el mayor número posible de inmigrantes europeos; pero se trata de impedir que el capital extranjero se apodere de las riquezas del país, reservándole a la nación las existencias más valiosas, como el petróleo, por ejemplo. En los demás países en cambio se odia al inmigrante extranjero, porque se cree que viene a quitar el trabajo a los hijos de la tierra, y se trata de atraer capitales: los resultados ya los tenemos a la vista.

Es preciso darse cuenta de que las nacionalidades no las forman tanto el pasado, la tradición y la sangre, como los intereses y las perspectivas comunes para el futuro. Todas las grandes naciones de la historia no se han basado en la «homogeneidad» de su raza, sino al contrario, en la «heterogeneidad». Eso sí que han tenido un horizonte, un crisol de trabajo y de aspiraciones comunes, que pronto han refundido esas razas en una misma totalidad, vigorosa y compacta. No es, pues, la nacionalidad tanto fruto del pretérito, como del porvenir; es más de los hijos que de los padres, más del mañana que del de ayer.

Impresiones de un Viajero, por Stuart Chase

Un norte-americano que no es un ciego admirador de las gentes y cosas del Soviet, ha ido a Rusia con afán de estudio y dispuesto a convencerse de lo bueno y malo que allí sucede. Un tiempo después ha publicado en «The New York Herald-Tribune», el artículo que más abajo transcribimos y que ha aparecido en uno de los últimos números de la excelente «Revista bimestre cubana». Juzgarán nuestros lectores el valor de los juicios emitidos por los «Saint-Beuves» criollos...

Los rusos luchan económicamente sin las bendiciones de las Bolsas, sacudidas de los mercados y ciclos de negocios. Su prosperidad, tal como se manifiesta, conserva la estabilidad y se mueve con firmeza hacia adelante. Malas cosechas, invasiones extranjeras y otros designios de Dios, podrán hundir el barco, pero no detenerlo. Mr. Hoover dirige ahora telegramas a los capitanes de industria posiblemente para inaugurar, en una emergencia, lo que para los rusos es ya cosa vieja. Me refiero a un coordinado y centralizado plan para el control y desenvolvimiento de la industria.

En la tierra de los Soviets llaman a esto el Gosplan. Las autoridades que forman el Gosplan, hace algún tiempo prepararon un programa para estimular la prosperidad industrial durante los próximos cinco años. Es sin duda el documento económico más audaz que se ha impreso.

Desde Platon a John Dewey, los filósofos han especulado acerca de la adquisición de la felicidad humana por medio de la agencia de las cosas materiales. Y aquí tenemos el primer intento consciente, en la historia del mundo, para llevar a la práctica tales especulaciones. En América hemos hablado mucho de la prosperidad de las masas — un auto para cada familia — ; pero nadie ha podido asegurar el bienestar material de las masas. Hemos confiado en que ello se verificaría naturalmente, automáticamente, de acuerdo con el sublime proceso del «dejar hacer». Pero los números friamente nos muestran que el bienestar solo lo han logrado unos pocos grupos favorecidos. El salario medio se mantiene en una cantidad anual bastante más baja al presupuesto necesario para vivir sana y decentemente. Tenemos hoy tantos indigentes como

teníamos antes, en tanto que el feroz proceso del desempleo por el progreso técnico, hace el trabajo más inseguro.

Hemos hablado y esperado; los rusos han deliberadamente hecho sus planes. Tratan de obtener un adecuado suministro de alimentos, habitaciones y vestidos como el necesario fundamento de una buena vida. Quieren llegar a la abolición de la pobreza, antros de miseria, falta de trabajo e inseguridad económica. Tan sólo han dado comienzo a la labor, pero en otra generación, en la proporción que avanzan, alcanzarán el objetivo. Cuando esto suceda, se habrá dado contestación a los filósofos. Entonces podremos saber si la humana felicidad y una noble civilización pueden ir del brazo.

Cuando hace dos años estuve en Moscú, me dirigí a la oficina del Gosplan. En la gran casa había unos 500 estadísticos, economistas e ingenieros en aquel tiempo. En todas partes se oía el ruido de las máquinas calculadoras. Pensé entonces y lo creo todavía, que allí estaba el corazón de la Revolución. En aquel edificio se decidía la suerte de Rusia, más que en salones parlamentarios, antecámaras diplomáticas o en los despachos de los dictadores. Si la Revolución puede lograr que los campesinos labren las tierras y los trabajadores de las fábricas produzcan lo suficiente para mantener un buen tipo de vida, su triunfo está asegurado. Si no lo consigue, a pesar de las banderas, los cantos al heroísmo y el valor de unos pocos, inevitablemente caerá.

Las estadísticas que me mostraron ponían de manifiesto que en el año de 1927, Rusia igualaría la producción de antes de la guerra, en 1913. El mayor volumen de la general producción agrícola e industrial era el primer gran objetivo del Gosplan. Antes de que se pusieran en circulación los billetes y bajo la violencia y tensión de la invasión y la guerra, la producción había descendido a menos de la producción general de 1913; la industria sólo el 20 por ciento. La nueva política económica — y el papel moneda — empezó en 1922 cuando eran contadas las fábricas en operación. En cinco años, se alcanzó y sobrepasó el nivel de antes de la guerra. **La historia no registra un más sorprendente resurgimiento.**

Cuando se alcanzó el objetivo, los jalones que lo marcaban se pusieron más allá; Alcance de lo normal en los primeros cinco años; el doble en los próximos cinco! Ante nosotros está el «Plan de Construcción Económica de cinco años», que cubre el período de 1933. El plan supone un aumento de 21.4 por ciento en la producción de 1929 sobre la de 1928. Lo conseguido fué de 24 por ciento en el año fiscal que finalizó el 1.º de Octubre.

El primer año ha superado a lo calculado. Faltan cuatro todavía. Creo que igualmente sobrepasarán a lo fijado. Si es así, he ahí lo que esos domadores de caballos salvajes habrán logrado:

1.º Habrán puesto \$ 33.000.000.000 en nuevas empresas importantes, casi doblando los bienes de la nación, de ellos \$ 12.000.000.000 dedicados a la agricultura; \$ 9.000.000.000 a nuevas industrias; 5.000 millones de pesos a los transportes (incluyendo \$ 50.000.000 para líneas aéreas comerciales), \$ 2.000.000.000 a la construcción de casas; 1.500 millones de pesos a la electrificación. La fuerza eléctrica y el acero figuran conspicuamente en el programa. Aunque atendiendo al aumento de los artículos para el consumo, el gran objetivo es poner los cimientos básicos de una capital estructura para la gran producción. Producir más artículos dedicados a la producción, que artículos dedicados al consumo.

2.º Al finalizar el período se emplearán 33 por ciento más de trabajadores, recibiendo un 70 por ciento de aumento en salarios, con un aumento en la producción general por trabajador de 110 por ciento, y una disminución en el coste de producción del 35 por ciento. El costo bajó en 1929, pero no tanto como se calculaba.

3.º En 1933 habrá 6.000.000 de casas habitables comprendiendo 20.000.000 de personas en las haciendas «colectivas» (esto es, controladas y mecanizadas por el Estado), cosechándose, con ayuda de 170.000 tractores, el 20 por ciento de la total producción agrícola de la nación y el 43 por ciento de la producción vendible. Esas haciendas colectivas asegurarán así el pan para las ciudades, y si es necesario grano para la exportación. Su cosecha media será el doble de la de los campesinos aislados. La mayor hacienda mecanizada del mundo—sobre unos 100.000 acres—está ya funcionando en la región del norte del Cáucaso.

4.º Los actuales 160.000.000 de metros cuadrados de ciudades y fábricas aumentarán a 213.000.000, disponiendo cada persona de una tercera parte más de espacio habitable.

5.º Veinte mil ingenieros están trabajando; en 1933 se necesitarán 42.000. Las Universidades técnicas pueden proporcionar 20.000; siendo necesarios 5.000 más (para cubrir los que faltan y las bajas de los actuales), que deberán ser importados de fuera. En adición 1.300.000 trabajadores deberán recibir especial enseñanza, a lo cual ya se ha dado comienzo.

6.º La producción aumentará firmemente del número índice 100 en 1928 al número 236 en 1933, o sea el doble y un tercio más.

7.º La jornada de trabajo de siete horas será general en la industria, con fábricas trabajando siete días a la semana, 360 días al año. Tan sólo en cinco días de fiesta pararán las máquinas: pero por un sistema de turnos, ningún hombre trabajará más de seis días y quizás muchos sólo cinco. El domingo, como día de descanso será abolido. Cada día será un día de trabajo para unos; un día de descanso para otros. No necesitamos hacer incapié acerca de la economía y reducción resultantes de una continua operación.

Ante el tamaño de las empresas individuales aún los Americanos deben inclinarse. Bajo la dirección del Coronel Hugo L. Cooper se construye la gigantesca planta hidroeléctrica del río Dnieper para generar eventualmente 600.000 kilowats, la mayor del mundo. Toda la base del Donetz se está explotando para la producción de carbón, coke, mineral y substancias químicas. El Ferrocarril Turkestan-Siberiano se está completando y está muy adelantado el Canal de Volga-Dorr. Pittsburgh podría estar orgulloso de poseer la nueva fábrica metalúrgica de Magirtogish.

Además del Coronel Cooper, otros norte-americanos prestan su cooperación. Entre ellos: Stuart, James E. Cooke, ingenieros mineros; La Radio Corporation of América la General Electric Company, Du Pont de Nemours y Cº; Arthur P. Davis, ingeniero experto en riegos; Albert Kahn, Inc.; la Ford Motor Company, que proporciona auxilio técnico en la construcción de una fábrica de automóviles capaz para producir 100.000 unidades al año; Lockwood, Greene y Cº, ingenieros industriales expertos en la fabricación de hilados y tejidos; Newport News Shipbuilding Company y Hercules Motor Company.

Aprendí bastante en Moscú para comprender que los hechos corroboraban

los cálculos, por lo que eran éstos de fiar. Los cálculos en el plan de los cinco años son para guía del Gosplan. La Comisión puede o no proponerse a engañar al mundo exterior, pero de seguro que no trata de engañarse a ella misma. Cualquier serio error o mal cálculo implicaría el derrumbe de toda la estructura. Las nuevas inversiones deben estar ligadas a la producción, la que a su vez lo está a las horas de trabajo y salarios, que están también ligadas con la reducción del costo y los precios al detalle; todo debe estar ligado con los impuestos, provecho de los trusts, exportaciones, importaciones, y toda la considerable tarea de financiar una empresa de \$ 33.00.000.000.

¿Pero dónde se encontrará tanto dinero? Nada más común que esta pregunta, y nada que mejor ilustre las pecuniarias alucinaciones de los norte-americanos. Viviendo por el dinero y para el dinero solamente, llegamos a considerarlo casi como un símbolo de la realidad objetiva. Ni cheques ni billetes de banco mantendrían a nadie vivo en un desierto. Lo que se necesita para levantar a una nación no es dinero, sino recursos naturales, brazos y cerebros. Rusia tiene abundancia de las tres cosas. Usa un sistema monetario, no cabe duda, pero lo utiliza solamente para facilitar la correlación. El trabajo y las materias primas no van donde el dinero los llama, sino donde el cerebro los encamina. Esto es incomprendible para muchos caballeros de Wall Street, como es incomprendible la especulación marginal para los caballeros del Kremlin. No se trata de encontrar dinero. Mientras el trabajo funciona sobre materias primas, se crea el valor y el dinero aparece en proporción al valor. El plan central señala donde el nuevo capital debe colocarse. Para la importación de unos pocos materiales estratégicos y de servicios técnicos, Rusia pagará con aceites, pieles y maderas, y a su debido tiempo, con trigo.

Mi canto hasta aquí ha sido razonablemente lírico. Observad, no obstante, que no he alabado una absoluta prosperidad de Rusia, sino solo su proporción de avance, 20 por ciento en un año, superior a la mayor proporción de cualquiera otra nación. En 1933 Rusia no alcanzará todavía la prosperidad comparándola con los Estados Unidos. Su cuota per capita hoy es de unos \$ 82; en 1933 será de \$ 135. La renta per capita hoy en los Estados Unidos, es de \$ 750. Pero la comparación no es legítima, pues en Rusia la distribución de la renta es relativamente uniforme (la extensión es escasamente mayor de cuatro por uno), en tanto que en los Estados Unidos varía desde diez individuos que por término medio perciben al año \$ 9.000.000 a un grupo de trabajadores del campo que reciben \$ 600 al año. Los rusos, por otra parte, reciben por sus rublos algo más de lo que recibimos nosotros por nuestros dólares. Siendo pocas las cosas superfluas que apetecen y no teniendo que pagar nada a plazos, pueden dedicar todo lo que perciben a las primeras necesidades. Además, disponen de libres vacaciones en magníficas casas de descanso, que fueron antes los palacios de los nobles.

Pero con todo, la norma de vida de los rusos es, y por largo tiempo será inferior a la norma de los norte-americanos. ¿Hasta cuando? Si continúan doblando la producción cada media década, puede calcularse en un tiempo definido.

CHARLOT, por

Rumberto Mendoza

PARA MASTIL

Hay una gran elocuencia en las piruetas chaplinecas; elocuencia de la imagen que nos incita a aproximarnos al universo creado por el zapato malabarista, indisciplinado y grotesco, humorista, con costuras de dolor y sufrimiento humanos. Por las ágiles volteretas del junco, bisturí que hiere el ridículo social y que traza en inesperados movimientos el lenguaje del desposeído, del estómago hambriento, del «outlaw», del «rechazado del banquete de la vida», del paria enamorado o del que simula para robar mejor el bocado que le grita su hambre. Por el hongo juguetero y parlanchín que subraya en una inquietud admirable la amarga pretensión de «un fuera de la ley» de colocar su indumentaria por encima de su nacimiento de paria y de explotado.

Autores numerosos han pretendido trasladar a la palabra la honda queja y cruel y dolorosa verdad realista que se desprende, mejor, se vive en los cuadros iluminados de la cinta mágica en donde pasea su inmenso corazón el hombre Charlot. Su genio alcanza cúspides inimaginables antes que su andar desatinado y estupendo enhebrara la maraña encantadora de sus tropezones y equívocos gimnásticos, para la espectáculo de un público que va a buscar en su gesto y en su pose el por qué de la existencia. Nadie se ha aproximado más al corazón humano que este hombre diminuto, dandy del harapo, con sus espontaneidades que no saben establecer la diferencia que pueda separar la risa de la lágrima salobre, como tampoco lo sabe la vida cuando coloca en la boca proletaria contraída por el hambre, el chispazo de una carcajada.

Los pedazos de existencia, que otra cosa no son si no sus cintas maravillosas; nos dan el pulso en donde sopesar la intensidad de la miseria del pueblo; en donde hallar las protestas más cruentas del hambre, la desesperación y la pobreza. Es la proclama socialista lanzada sin el equívoco de la palabra escrita.

Tratar de hallar en Chaplin tendencia doctrinaria es limitar la ilimitación de su arte. Es aproximar el horizonte veraz que de por sí poseen sus obras y que no es otro que el que la vida señala al vagabundo y al desposeído, horizonte de hambre y de castigo por la osadía de comer, a la estrechez del dogma, a la aridez de la doctrina. Y

las obras maravillosas de este genio en que se mezclan en la misma abundancia lágrimas y risas alcanzan a mayor distancia que una doctrina, porque ponen de manifiesto en un simplísimo asombroso, la injusticia de un sistema que categoriza la alegría y que acapara para unos pocos el derecho al goce y que deja a la inmensa muchedumbre el reír apretando las amarras de sus estómagos famélicos. Y es por eso que su genio es universal.

Da al vagabundo la trayectoria de su desgracia y al rico la injusticia de su segura estadía, y éso que la riqueza juega en el arte exquisito de sus creaciones, el táctico papel de «opuesto» a la miseria que llena a las imágenes. El motor que mueve al agente de policía cuando corre tras el vagabundo que trata de comer robando una manzana o una salchicha, representa toda un poder organizado para defensa de la «propiedad» y para ofensa del hambre y de la miseria.

No toquemos en análisis sus películas. Ellas son tan maravillosas que al describirlas se desdibujan y desencantan y que solamente exigen el gozar de sus imágenes para penetrar o deslizarse en un mundo de arte y de dolor y para ver la vida bajo el foco poderoso de un reflector genial. No hay lápiz capaz de describir la menor volteleta iluminada, el menor jiro pirandaliano de su bastón, el más sencillo tropiezo de aquellos zapatos que también saben hablar el lenguaje del hambre y patinar por los suburbios miserables de las metrópolis o andar los caminos hollados de la campiña o lustrarse en la negrura de las minas o en el chirriar de los talleres.

Mencionemos cómo el recuerdo intacto, imborrable que se graba en la mente de un niño, y que le recrea cuando ya viejo entretiene su senilidad acudiendo al rico álbum de su infancia, la estupenda, paradógica y sentimentalmente humana «Danza de los Panecillos». La filigrana tejida en un sueño de amor a la Georgia de sus anhelos de hombre que están por encima de su prestancia ridícula de paria y que en realidad fué para derramar la congoja de una aflicción honda, honda como la vida.

Dos tenedores, dos panecillos, un corazón, he aquí la máquina. Los panecillos tejen la danza maravillosa. Adquieren pasmosa agilidad al compás de su placer de soñador y construyen en el aire el castillo y las rutas del ensueño vírgen de un artista dormido en el ritmo de su esperanza. Se mueven, se acercan, se alejan filigranando en un inquieto pero rítmico malabarismo de compases todo el poema que encerraba la ingenuidad de su cariño. Y como si no fueran sino el elemento indispensable a la transposición de su sentir, termina la danza y quedan como restos de un naufragio mecido su cansancio sobre el oleaje blanco del mantel de navidad.

Llámen romanticismo o lo que quieran esta paradoja genial de la «Danza de los Panecillos» no conseguirán rehacer un adobe, un ladrillo de aquel castillo que el sueño de un poeta genial trazó en el aire de una choza. Es un poema inédito, grandioso, de un poeta inimitable.

Y la creación de su arte es de estensos resultados, sólo comparable a los que oculta en los recónditos rincones de su conciencia. No hay paralelo ni antecedencia alguna a este arte de Charlot y todas las comparaciones a que se recurra, indicarán solamente nuestra pobreza de comprensión que, para asimilar la belleza nueva tiene que solicitar el apoyo de la comparación.

Su obra reciente, «Luces de la Ciudad», da en su nombre el indicio precursor de la maravilla que la sigue. Charlot es la síntesis de la sorpresa y en la universalidad de sus creaciones se pone en juego la trama oculta que crea la belleza de la «casualidad». El universo que su mente hipertrofiada forja y sostiene, gravita en torno de su máscara genial, con toda la comparsa de imitadores y de bufos, de galerías y de muchedumbres que aún no sacian de contemplar su propia vida cotidiana en la proyección luminosa de la pantalla.

Podrá decirse al mundo que hay en sus películas momentos continuos que hagan sospechar que la genialidad de su arte se aproxima al descenso, y sin embargo, habrá siempre una pirueta, un gesto que le coloque como eterno vagabundo, para representativo de la miseria que paraliza el universo más allá del límite, y siempre como el «eterno peregrino sobre los caminos amargos del mundo» (1) y que dé al punto la nota inesperada y novadora de su genio.

(1) cita de Marcel Brion.

No se devuelven originales

(De la página 24)

Situación de los países de la Europa Central y Oriental.

La situación de los países de la Europa Central y Oriental es más difícil aún que la de los países de la América del Norte. En el curso de los años de 1909 a 1913, los países de Europa, sobre un total de 136 millones de quintales de trigo que importaban en término medio al año, compraban 63.000.000 a los países Danubianos y a Rusia, y 73.000.000 a los países de ultra mar. En 1927-1928 sobre una importación europea de 172.000.000 de quintales, alrededor de 166.000.000 provenían de los países de ultra mar y solo alrededor de 6.000.000 de los países Danubianos y de Rusia. Por consiguiente los países de ultra mar habían casi despachado completamente a los países Danubianos del mercado europeo. Ahora bien, la producción de estos países, reconstituida después de 1918, sobrepasaba ya en 1927-1928 las cifras de la ante guerra. Según los datos del Instituto Agrícola Internacional de Roma, la producción media de los países danubianos había aumentado en 1927-1928 en comparación de 1909-1913 en 41.000.000 de quintales y la de Rusia en 7.000.000 de quintales.

Por consiguiente estos países habían aumentado en 48.000.000 de quintales su producción y al mismo tiempo habían disminuido sus exportaciones en 55.000.000 de quintales. Dejando a un lado las particularidades de la Economía Soviética, examinemos la situación de los países Danubianos. En estos países se han realizado transformaciones agrarias de transcendencia en épocas posteriores al Armisticio.

Estas reformas si bien de no mucha importancia social han tenido influencia económica, pues se ha subdividido la tierra en tal forma que se ha hecho muchísimo más difícil y a veces hasta imposible la movilización de los excedentes de las cosechas para su exportación. Además la calidad del trigo ha desmejorado debido a la selección deficiente de las semillas. Naturalmente los excedentes de las cosechas en poder de los campesinos aumentaron en forma considerable. No pudiendo ser utilizados comenzaron a emplearse en alimentar el ganado. Los stocks de trigo que se llegaron a reunir en los países Danubianos, para la exportación, no encontraron compradores. No logrando vender los excedentes de sus cosechas, los campesinos Danubianos vieron disminuir su poder de compra.

Así la crisis agrícola provocó una disminución de las ventas de las mercaderías provenientes de los otros países. Esta situación ha tenido otras repercusiones. Los campesinos obligados a buscar dinero pagaban por los préstamos que recibían intereses del 20 a 30%. Debido a la escasez de dinero no se pagan los impuestos y la crisis agrícola conduce a una crisis de las finanzas públicas. Antes las crisis agraria, comercial y política la crisis social se hace inminente.

Remedios inaplicables y conferencias.

Esta situación ha producido una fuerte reacción, como es natural, en los países exportadores de la Europa Central y Oriental, tendiente a unificar su política económica. Así es como, en Agosto de 1930 se celebró, en Varsovia una Conferencia Agraria en que tomaron parte Bulgaria, Hungría, Estonia, Lituania, Polonia, Rumania, Tchecoeslovaquia y Yugoslavia. Se protestó contra las primas directas o indirectas otorgadas por ciertos países a los productores de cereales, estimulándolos a aumentar sus siembras cuando la demanda no lo justificaba. Pero la resolución más importante

consistió en pedir a los países importadores de trigo que establecieran tarifas aduaneras preferenciales en favor de los productores europeos. Demás está decirlo que la adopción de una política de este tipo fué enérgicamente combatida por los países exportadores de Ultra-Mar. Por lo demás esta política habría exigido una revisión de todos los tratados comerciales existentes entre éstos y los importadores europeos.

Sería largo e inútil especificar los diferentes proyectos fracasados de defensa de los países europeos productores de cereales, hasta llegar a la conferencia de Roma—3 de Abril-1931— que ha concentrado la atención de todos los afectados. Antes de la reunión de los delegados el Instituto Internacional Agrícola de Roma, había publicado algunas cifras edificantes.

La cosecha mundial de trigo alcanza en 1930-1931 a 994.000.000 de quintales contra 912.000.000 del año precedente. A este excedente de 82.000.000 de quintales se agregan los stocks que ya existían en el mundo y que alcanzan a 114.000.000 de quintales. Según los mismos datos los principales países exportadores podrían entregar en 1930-1931, 345.000.000 a los países importadores, pues bien, estos últimos no podrían absorber sino 230.000.000. de quintales (de los cuales 185.000.000 por los países europeos y 45.000.000 por los países extra-europeos) Los stocks no realizados serán pues este año nuevamente de 115.000.000 de quintales.

La idea dominante en esta Conferencia ha sido como de costumbre, la de que era necesario disminuir la extensión de los sembrados. No obstante la estadística de trece países, excluida la U. R. S. S., solo acusan una disminución de 200.000 hectáreas en sus siembras.

La Conferencia reconoce que una restricción más efectiva no se podría realizar por medidas cooperativas; solo podría ser el resultado de una acción libre de los productores a la que serían conducidos por la influencia de las condiciones del mercado.

Ante esta declaración de importancia de la Conferencia de Roma para llevar acabo la única medida lógica dentro del sistema capitalista cual era de restringir la extensión de los sembrados, su fracaso era evidente. En efecto se limitó a recomendar por ejemplo la liquidación de los stocks en aquellos países de consumo triguero débil y hacer un esfuerzo de propaganda para aumentar el consumo del pan. Por último se decidió organizar en Londres bajo la presidencia del Canadá una Conferencia para establecer un plan de consumo en la liquidación de los stocks y su exportación en el curso del año 1931-1932.

De la exposición que antecede se desprende—sin pretensiones de hacer un comentario a los hechos y cifras elocuentes, anotados—que los capitalistas agricultores de ambos mundos se ven ahora arrollados por la máquina económica que ellos mismos han creado.

El absurdo económico capitalista está haciendo crisis, a pesar de todos los esfuerzos de sus técnicos y líderes.

(Extracto y comentario a un artículo de la publicación "Le Mois", Marzo de 1931).

Arturo Tello.

CIUDADES UNIVERSITARIAS: SALAMANCA,

por Galileo Urzúa

PARA MASTIL

Las catedrales y los monumentos arquitectónicos de Salamanca datan del siglo XII y ántes. Se conservan aún como en aquellos tiempos, a lo largo de las callejas angostas y onduladas que suben o bajan por las viejas colinas.

Son de piedras que los siglos hicieron trigueñas; al recibir cada crepúsculo el ósculo del sol, enrojecen, y las murallas que forman, superpuestas unas sobre otras, proyectan una sombra al parecer más misteriosa y más densa que las murallas de otras ciudades, como si en esas sombras flotara el alma del pasado.

De las antigüedades que han dejado en pié los siglos, ni Toledo, ni el Escorial, ni la Torre de Londres, ni Nuestra Señora de París, ni las viejas ciudades de la Europa Central, ni las catedrales italianas, nada, produce ese efecto de «pasado» y de grandiosidad que dá la vieja ciudad universitaria. Más completa impresión se recibe al andar, ya entrado el sol, bajo las cúpulas inmensas, al pié de las torres gigantescas de piedra que se van cubriendo de misterios en la sombra, y recortan sus líneas severas en el oscuro azul de la esfera celeste, bajo el parpadeo infinito de los astros.

Nuestras pisadas resuenan en las losas y a medida que andamos nos sentimos como formando parte del ambiente y nos imaginamos ser uno de aquellos estudiantes de hace siete siglos.

Las calles están abandonadas y sus empedrados antiquísimos e irregulares suelen recibir el brochazo amarillento de una luz de candil que escapa por una puerta o por una ventana.

Llegamos al frontis de la Universidad, muralla inmensa de piedra labrada, con filigramas de arte que empieza a dibujar en relieve la luna.

Cerca se alza la catedral medioeval, sólida, imponente, coronada de torres, parece una cordillera con sus cumbres; está edificada en una alta plazoleta sobre el nivel de la calle y la circundan gruesas cadenas de hierro mohosas que antaño protegieron a más de un fugitivo.

Y los profesores de la Universidad, Wenceslao Roces y Rodríguez Matta, que nos acompañan en esta gira, nos hablan de hechos y anécdotas que la tradición ha conservado y que dicen relación con la vida de la vieja catedral o de la histórica casa universitaria, todo lo cual contribuye a ver los panoramas y las cosas con un tinte y un encantamiento únicos.

ANOTACIONES Y TEMAS SOBRE FASCISMO,

por Guillermo Izquierdo

PARA MASTIL

NACIONALISMO Y ABSOLUTISMO

Las dos características más resaltantes de la ideología fascista, son éstas: su nacionalismo impetuoso y su absolutismo de Estado. Dos pilares macizos sobre los que descansa todo el edificio del Estado corporativo creado por la inquieta mentalidad del Duce. Dos concepciones fundamentales de la teoría política del fascismo y que su literatura fogosa y declamatoria las ha elevado a la categoría de axiomas en la nueva Ciencia Política que han construido los ideólogos del nuevo régimen. La Nación divina, como síntesis perfecta «de lo universal y de lo individual» y como única expresión concreta del devenir del espíritu, y el Estado absoluto, que absorbe al individuo, son los dos puntos de apoyo de la doctrina mussoliniana que condena los principios liberales y que proclama los errores democráticos.

En la Post-guerra, —exceptuando al soviétismo, —ninguna ideología política es más rica ni más fervorosa que la fascista, elaborada en el horno candente de la violencia revolucionaria que ha azotado a la península mediterránea. Como reacción al socialismo sindicalista revolucionario, que las escuadras de camisas negras se encargaron de liquidar, nació el nacionalismo fascista. Como reacción a la anarquía política de un parlamentarismo en decadencia, nació el Estado personal del dictador del fascio, que ha seguido una curva ascendente, hasta crear en el Derecho Político contemporáneo, un nuevo tipo de Estado absoluto.

El nacionalismo fascista se concentra dentro de sus fronteras. Para él, la sociedad humana no es una realidad social, y existe «sólo como un hecho biológico» (A. Rocco). Las únicas realidades son las sociedades humanas particulares, las que reúnen a los individuos por identidad de aspiraciones, de lengua, de impulsos, de tradición. Estas sociedades particulares son las naciones, y solamente a ellas puede conferírseles una personalidad con fines particulares y característicos. Y al negar la existencia de la humanidad como idea social, niega, lógicamente, toda idea social **universal**. Según Alfredo Rocco, —tal vez el más oportuno y feliz de los ideólogos fascistas, — «el fascismo rechaza en bloc la doctrina que deriva más o menos directamente de la escuela del Derecho Natural de los siglos XVI, XVII y XVIII».

No sólo rechaza el contrato social de Rousseau y el individualismo de Grotius, sino que, como necesaria conclusión, desconoce la existencia de todo derecho natural en

el hombre. Desde el momento que los admitiera, tendría que reconocerle a la humanidad una unidad tanto biológica como social.

Exalta el concepto de nación, y ella es la síntesis superior de todos los valores materiales y espirituales de la extirpe. Por eso, la nación está «sobre los individuos, las categorías y las clases». (N.º 4.º del Convenio sindical de Bolonia en 1922). Es una entidad trascendente que tiene el derecho de someter al individuo a su voluntad omnipotente, y en la que la autoridad no puede ni debe estar limitada por los derechos innatos atribuidos al hombre.

¿Cuál es la razón por la cual la nación es la sola síntesis social perfecta? Todo el raciocinio anterior soluciona esta pregunta: porque las sociedades particulares «son las únicas realidades políticas y filosóficas», y porque la única sociedad particular que tiene derecho a calificarse como realidad, es la nación.

El fascismo ha levantado así lo que un autor, —Ferrari,— llama con mucha propiedad, el **mito de la Nación**, que se eleva como una nueva divinidad sobre el Olimpo, para dar fuerza y vigor al exagerado nacionalismo de las huestes mussolinianas.

Y tomados por este camino, llegamos necesariamente a una nueva concepción del Estado absoluto contemporáneo y de post-guerra: debe reunirse en las manos de la sociedad nacional, y más propiamente, en su expresión jurídica,—el Estado,—el máximo de poderes, a objeto de dirigir mejor al individuo para que realice el fin de la sociedad particular a que pertenece. Y así la doctrina fascista anula al individuo y lo somete arbitrariamente a las exigencias, intereses y necesidades de la única existencia, concebible por su ideología: la nación.

Su fórmula o su ley moral, surge sola de esta lógica: «el individuo para la sociedad».

Y sobre los cimientos de estos principios, el fascismo levanta como expresión máxima de la nación divinizada, un Estado plenamente absoluto, que subordina el interés individual al interés general de la colectividad, que concibe el individuo como un **instrumento** del interés social. Un Estado cuya fórmula es ésta, que ha precisado su propio creador: «todo en el Estado; nada fuera del Estado, nada contra el Estado».

Es evidente, por lo que hemos visto, que la doctrina fascista no admite enteramente la definición que respecto de la Nación, popularizó el individualismo, según la cual, la nación es el agregado de cierto número de individuos que en un territorio dado, llevan una vida común y mantienen una unidad social como consecuencia de la identidad de costumbres, de instituciones, de tradiciones y de cultura.

Sin embargo el fascismo no se ha escapado de la contradicción, puesto que proclama por intermedio de sus mejores propagandistas, que las naciones «están formadas por la serie indefinida de generaciones pasadas, presentes y futuras, que han formado, forman y formarán parte de ella». Lo cual indica que el fascismo se acerca, no obstante, a la escuela histórica que admite que la nación es el producto de la evolución unitaria de toda agrupación de individuos relacionados por la comunidad de tradiciones, de lengua y de territorio; concepción histórica de la nación que Fichte la elevó, sin duda, a su más alta expresión.

Es raro explicarse este contraste doctrinal del fascismo, que reconoce la concepción histórica de la Nación, como **hecho** y realidad social, con la concepción divina de la misma, tan dogmáticamente formulada por el nacionalismo fascista.

Pero es que así como el absolutismo de Estado, tanto en el Oriente antiguo

como en la Edad Moderna, justificó la extensión de sus poderes, en una idea mística y divina que consideraba trasladados a la tierra los poderes de los Dioses, o encarnados en el monarca o delegados en él, como vicario de la divinidad en el mundo, así también ha sido indispensable ahora, en este siglo, para levantar la nueva teoría del Estado absoluto, restaurar el concepto divino para incorporarlo en la Nación-Estado. El nacionalismo fascista, al identificar al Estado con la Nación, y al crear la noción fundamental del Estado-Nación, ha podido encontrar habilidosamente la piedra angular de todo su sistema político y de todos sus métodos de acción

LA MORAL DEL ESTADO FASCISTA

De la concepción absolutista del Estado, se puede definir la noción del Gobierno: éste es el sólo intérprete de la ley, el sólo dueño del destino social e individual y el único capaz de fijar los límites de la acción del Estado. El Estado se identifica con la Nación, y el Estado-Nación con el Gobierno, y éste a su turno, es absorbido por el hombre providencial que toma su dirección.

La moral política del fascismo está polarizada por esta idea esencial: la necesidad preeminente de mantener la dominación inviolable del Jefe. Todo se subordina a este fin: la política, la conducta gubernativa, los medios de acción de los fieles y partidarios, las fuerzas armadas, la milicia del partido, la centralización de los poderes, la estratificación de las clases, destinada a impedir todo movimiento de *solidaridad* de los individuos.

No es más ni es menos.

Esto se conforma, precisamente, con el cuadro muy oportuno para el momento, que nos da Stuart Mill, cuando describe el absolutismo de Estado: «Un hombre de una actividad intelectual sobrehumana, que dirige todos los asuntos de un pueblo intelectualmente pasivo... La nación como conjunto, y los individuos que la componen, no tienen ninguna influencia sobre sus propios destinos. Una voluntad que no es la de ellos y a la cual no podrá desobedecerse sin cometer un crimen legal, decide todo, absolutamente todo por ellos».

La concentración ilimitada de los poderes en el Estado, y más precisamente, en las manos del jefe de gobierno, apaga y deprime toda acción de las instituciones capaces de contrabalancear la autoridad de aquél que legisla, que administra y juzga. Si bien en la teoría se robustecen las atribuciones de los Poderes Públicos, según la fórmula, «un Ejecutivo fuerte y un Parlamento vital», en la práctica, sin reparar en medios, la moral del fascismo, discípulo predilecto y entusiasta de Maquiavello—ha renegado del principio de la separación y división de los Poderes, que formuló Montesquieu, puesto que concentra todos los poderes y todas las funciones en el Jefe, ayudado por la oligarquía de sus fieles. No hay institución ni hombre alguno que pueda fijar hoy día los límites necesarios y prudentes a las funciones del Jefe.

Ahora, ¿Cuál es la disciplina moral que el nacionalismo fascista se propone fijar al jefe omnipotente de su Estado absoluto? Esta pregunta no es estúpida ni maliciosa. El futuro de la nación italiana con un jefe con tales poderes, está entregado a este dilema: si aquél es bueno, podrá hacer el bien al país, con la enorme máquina gubernamental puesta a su entera disposición; pero, si es malo, no encontrará en la orga-

nización jurídica ni en la doctrina fascista, ningún obstáculo que se oponga a sus tentativas contrarias al bien público.

¿Y cómo responde el fascismo a este interrogante? Simplemente, invocando las páginas del libro inmortal de Maquiavello: «A él se acerca el fascismo, — ha dicho Alfredo Rocco, — no solamente por su doctrina, sino también por su acción». Y en realidad que no necesitaba decirlo, ya que los medios de acción y los métodos de los gobernantes fascistas, evocan la silueta del político de **Il Principe**.

Para el fascismo, todos los reproches de los extranjeros contra Maquiavello, provienen de su actitud favorable a un Gobierno fuerte en Italia, capaz de resistir a los enemigos exteriores. Mas, por oportunas y justas que sean las defensas fascistas en favor del autor apologista de Cesar Borgia y de los manejos innobles de Fernando Aragón, es lo cierto que la moral política del libro del célebre florentino, no sólo apareció bien acogida, sino muy bien practicada.

Al concebir la fórmula de que el fin justifica los medios, la doctrina fascista la acoge como una senda insuperable para labrar la libertad y la grandeza de su país. Por consiguiente, para empezar, no es necesario buscar la justificación de la conquista del poder en el consentimiento de los ciudadanos, sea éste anterior o subsiguiente, o en la adhesión explícita o implícita al nuevo orden de cosas. Basta el sólo hecho de sus éxitos, aunque los medios hayan sido violentos e ilegítimos, para justificar dicha conquista, en el momento mismo en que fué alcanzada.

Nadie puede pretender prohibir el empleo de ciertos medios para conseguir los propósitos fascistas. Si es posible mantenerse por el consentimiento y la persuasión, tanto mejor; mas, si esto no se consigue, será preciso hacer creer a los súbditos por fuerza.

El Príncipe, — retratado por Maquiavello, — no debe preocuparse de la honradez sustancial de sus acciones: debe atenerse siempre a la conducta que le sea indispensable para asegurar su permanencia en el mando. «Por consecuencia, dice Maquiavello, — un príncipe prudente no puede ni debe tener en cuenta su palabra empeñada, si su fidelidad puede hacerle daño, y cuando las razones que lo movieron a prometer algo, ya no existen». (N. Maquiavello: **Il Principe**; Cap. XVIII).

Si el fascismo necesita la guerra, la busca y la encuentra; si necesita liquidar a una determinada organización, la envuelve en sus redes; si es indispensable anular la acción de los espíritus libres, pone en juego la vasta gama de sus agentes y fieles, que tienden su fina malla de hipocresías hasta coger a los incautos; si es preciso amordazar a la prensa, pues, no faltarán los motivos ni los pretextos para acallar las rebeldías. El camino se despeja, no importa el medio, siempre que el objetivo revolucionario y el mantenimiento del Jefe en el Poder se aseguren permanentemente.

Esta identidad entre los dogmas morales del fascismo con los de los Príncipes que trazó Nicolás Maquiavello en su Tratado, es la más significativa manifestación de la ideología mussoliniana.

EL AVENTINO

Y entonces comprenderemos el por qué del martirologio de algunos espíritus ilustres de Italia. Ningún grupo más rebelde, ni más altivo, ni más prestigioso en contra del régimen de la dictadura mussoliniana, que el **aventino**. Reducto de intelectuales, el Aventino, fué por un tiempo la fuerza amenazadora que el Duce tuvo en frente suyo.

Podríamos definirlo con Chabas, «como el retico de los más altos valores políticos-morales de Italia para formar, más que una oposición de lucha, una oposición de ejemplaridad moral».

En el Aventino se agruparon como en un reducto de solaridad, las fuerzas de algunos partidos y de algunas personalidades políticas: Sforza, Capello, Albertini, Badoglio, Donati y Améndola.

Pero el Aventino bien poca cosa pudo hacer: sus propósitos y sus escritos se encontraron a medio camino con la violencia ciega de las camisas negras. Además, desde el momento en que el Aventino hubiera tenido un jefe efectivo, habría hecho algo más; pero no tuvo un Mussolini, ni podía responder con los mismos métodos que le dieron el éxito al fascismo.

Pretendió combatir al régimen del Duce, por medio de ejemplos morales. Y tal vez, entre todos ellos, el más idealista y sufrido, fué Amendola, que sucumbió en Cannes, en la Cote d'Azur, en 1926. Giovanni Amendola, según Don Sturzo, es el más destacado protagonista de la táctica aventiniana, y murió el infortunado, en pleno combate con fascismo, para pasar a ocupar un lugar destacado al lado de los predilectos del primer *Risorgimento*. Murió enfermo y desterrado, a consecuencia de «las brutales agresiones que le hicieron frecuentemente víctima los camisas negras».

Mussolini, bien comprendió que la perseverancia y la austeridad del gran espíritu de Amendola, podían en determinadas circunstancias, poner en graves compromisos su poder. Y el jefe puso en juego su moral política, y no contento con el desgraciado fin del ilustre opositor, se le negaron en Italia los justos honores de un reconocimiento póstumo a sus virtudes.

Albertini representó también una fuerza espiritual peligrosa. Por eso los métodos fascistas fueron en su busca. No sólo palizas, sino también injurias, cayeron sobre él. Se consiguió, finalmente, mediante un proceso ad-hoc, arrebatárle la dirección y propiedad del *Corriere della Sera*.

Así fueron liquidados los que mantenían una recta actitud moral de protesta.

El Aventino nació en 1924, a raíz de los bochornosos acontecimientos que culminaron con el asesinato de Matteotti, cuando los diputados de la oposición, verdaderamente elegidos (pues allá había ya otros diputados nombrados por el Gobierno como instrumentos) abandonaron el hemiciclo y adoptaron una táctica defensiva y ofensiva extra-parlamentaria. Y llámase así, porque esta retirada de los diputados opositores se la compara con la de la plebe romana sobre el Aventino; y si bien, no tienen entre sí, ambos acontecimientos, ningún punto de similitud, bastó que un periodista hiciera el recuerdo de aquella jornada de la Antigüedad, para que la designación hiciera fortuna y se perpetuara en el porvenir.

La primera ofensiva aventiniana fné venturosa por algún tiempo. ¿Pero quién iba a pensar que más tarde el Aventino quedaría liquidado? De él, no queda hoy sino el recuerdo. Pero el Aventino legó a Italia y a la historia, esta frase lapidaria dicha por Amendola en Milán, en un discurso, cuando todavía él no sufría el destierro: *libero delitto in non libero stato*: «el crimen libre en un Estado que ya no lo es» o «el libre crimen en un país que ya no lo es».

Las personalidades del Aventino, fueron hombres a quienes preocupaban, más que las luchas políticas, las luchas de la cultura. Serán siempre, pese al fascismo, figuras sobresalientes de la patria italiana.

CRISIS DE SOBRE - PRODUCCION,

por Julio Cabello

PARA MASTIL

I.—NOCIONES GENERALES.

Estamos presenciando en la actualidad el curso de unas crisis económica que afecta a la totalidad de las naciones, — incluso a aquellas que por su posición geográfica y la composición de su economía natural deberían escapar a ella, pero que no lo pueden hacer por estar ligadas, interdependiendo en una organización económica mundial, — y que se ha rotulado, como el encabezamiento de estas líneas: "crisis de sobreproducción".

El mundo civilizado deja oír, cada cierto tiempo, estos crujidos que ponen de relieve el anacronismo de sus instituciones económicas. La finalidad de nuestro estudio es averiguar el origen, las consecuencias y el significado de estas crisis, de todo lo cual se podrá deducir su estricta subordinación a la naturaleza y mecánica propias de la organización económica en que vivimos.

Aparición y síntomas.—Las crisis económicas se presentan sólo a partir de mediados del siglo XIX, era de pleno desarrollo de la producción capitalista. Comienza en un determinado país y en un determinado negocio y se extiende con rapidez a todo el mundo. Están sometidas a cierto ritmo en su aparición, lo cual implica que su origen reside en una causa profunda que no se modifica. Alternan con períodos durante los cuales la producción toma un enorme desarrollo, las empresas se multiplican y aumentan su radio de acción, el crédito se entrega sin retrições, la especulación se practica con máximo desenfreno en las Bolsas, la distribución de los bienes se hace extensiva a un número más grande de individuos y las masas experimentan una impresión de mayor desahogo. Estos períodos de bienestar duran un tiempo relativamente corto de 6 a 8 años, poco a poco su energía se debilita, la excesiva confianza tiende a desaparecer y sobreviene, en una forma también gradual, un período de depresión en que el crédito se limita de modo considerable, los valores que se habían elevado artificialmente descienden en forma violenta, acarreado la ruina de muchos poseedores, las quiebras se suceden, el número de desocupados sobrepasa la cifra habitual y el salario obrero y las horas de trabajo son sometidos a dolorosas reducciones que hacen descender en una forma aguda el standard medio de vida del proletario.

Extensión.—No todas las crisis económicas alcanzan una misma extensión e intensidad. Algunas permanecen limitadas a un sólo país o grupo de países; pero — como

es natural — esto sólo es posible tratándose de agrupaciones nacionales que no juegan un rol preponderante dentro del concierto económico mundial, que no poseen grandes industrias y que no son para los demás países sino mercados de expansión colonial.

Pero si es afectada una de las grandes potencias que marchan a la vanguardia del comercio y de la industria modernos, la crisis rápidamente se extiende, paraliza las actividades económicas y la sufren, con particular intensidad, los pequeños países sometidos al vasallaje económico de los países más evolucionados, cuyas industrias de mayor cuantía están en manos extranjeras y constituyen, por el capítulo de derechos de exportación, la principal fuente de entradas de las finanzas fiscales. La regencia de tales industrias (el salitre y el cobre en Chile) reside en países extranjeros, cuyo malestar económico refluye íntegramente y se propaga por ellas al país que posee y entrega las materias primas.

Las crisis económicas en Chile.—Estas crisis persisten durante un período de tiempo más o menos igual al de los períodos de expansión y bienestar (6 a 8 años); pero adquieren a veces una gravedad considerable que las hace más duraderas. Ilustraremos estas afirmaciones, haciendo un resumen de su evolución en nuestro país.

Durante la época colonial y los primeros años de la independencia, estos fenómenos no fueron conocidos, debido al escaso desarrollo del crédito.

La primera crisis importante que se señala en nuestro país es la de 1860, que dura, más o menos, hasta 1867. Una nueva crisis se declara en 1878, de tan serias consecuencias que se llega a declarar la inconvertibilidad y el curso forzoso del billete de banco. La favorable liquidación de la Guerra del Salitre, permite al país salir de estas dificultades.

Viene una nueva crisis el año 1894, con restricción del crédito, gran número de quiebras, etc. y este período persiste hasta 1902. Nuevas crisis económicas de importancia se sitúan en torno de los años 1910 y 1918. Después de éstas, tenemos la actual que se hace evidente desde el año 1929.

Desarrollo y significado.—Es un hecho demostrativo el que, a medida que progresa el régimen capitalista hacia su más alta expresión, estas crisis se hacen cada vez más frecuentes y cada vez más intensas. Tienen una fase aguda, pero dejan tras de sí, residuos que se van acumulando y constituyen, por sí solos, problemas de urgente y difícil remedio, que no revisten ya un carácter episódico regular, sino permanente y a cuya solución debe llegarse por caminos diferentes de los que tradicionalmente se han seguido.

La desocupación obrera, por ejemplo, tan notoria en algunos países como Estados Unidos, Inglaterra y Alemania, aunque existe en todos los demás (también en Chile y países de América), es un síntoma revelador del estado crónico de crisis en que vive nuestra civilización occidental, estado semioculto en las épocas — ahora muy breves — de florecimiento de la producción capitalista; muy visible, en cambio, en aquellas en que este organismo sufre trastornos que lo hacen descender por debajo de la situación quebrantada que habitualmente tiene.

La periodicidad rítmica con que se manifiestan tales crisis, su indudable acrecentamiento en intensidad, en extensión y en frecuencia, a medida que la producción capitalista evoluciona en el sentido que le es propio, revelan a cualquier observador que ellas no son el fruto fortuito de condiciones indiscernibles y arbitrarias, sino que expresan — con todo vigor — la ley que rige la vida de nuestra organización económica. Que el desarrollo de ésta, no pueda representarse por una línea rec-

ta y ascendente, sino por una sinusoide, implica necesariamente la existencia en su seno de fuerzas disgregadoras, ajenas a su naturaleza, que sólo se podrán destruir reorganizándola por completo sobre fundamentos nuevos. De otro modo, la existencia constante de un malestar económico y el retorno periódico de agravaciones que, en sus efectos, alcanzan a toda la colectividad, no podrán ser nunca evitados.

II.—ORIGEN DE LAS CRISIS ECONOMICAS.

Toda crisis se caracteriza, esencialmente por un retardo en la circulación de los bienes. Sobrevienen en el momento en que los intermediarios, — interpuestos en forma de cadena más y más larga entre el individuo que produce y el individuo que consume — en su avidez de acumular dinero a corto plazo y con el menor trabajo, estimulan con la excesiva demanda, con las facilidades de crédito, con el auge de las especulaciones, el desarrollo de las actividades productivas en todos sus diferentes aspectos, sin que marche paralelo a él un aumento del poder adquisitivo de las masas, que son a la vez productoras y consumidoras. Como consecuencia del desequilibrio entre la producción abundante y racionalizada y el poder adquisitivo de las masas que no sigue el mismo rumbo — ni podría tampoco seguirlo — estalla una crisis grave que se manifiesta de manera que en todos los ramos de la producción existe la imposibilidad de colocar los artículos en condiciones satisfactorias de lucro. Las actividades productivas se limitan o detienen, supeditadas las empresas establecidas sobre bases menos sólidas por las más poderosas; y sobre todos los productores y, en especial, sobre la colectividad obrera que crea los valores económicos por medio de su trabajo, se cierne un peligro que pone en riesgo inmediato su existencia.

Como fundamento de toda crisis existe, pues, una desproporción entre la oferta y la demanda. Se habla en estos casos de una "superproducción", concepto que es necesario comprender en su verdadero sentido dentro de la economía tradicional, es decir, existe una excesiva oferta de productos que acarrea su depreciación en relación con la capacidad del mercado para absorber esa oferta, pero no en relación con las legítimas necesidades de la especie humana. La producción no es nunca suficiente y, prueba de ello, es el número crecidísimo — y en continuo aumento — de asalariados que arrastran una existencia miserable y no pueden satisfacer sus necesidades más imperiosas, aún en las épocas de mayor bienestar. Y se comprende que el trabajo humano actual sea incapaz de llenar las necesidades generales, si se toma en cuenta que se le restringe de modo artificial, y que, dentro de una población, es sólo una minoría la que efectivamente produce y sostiene al resto que desempeña funciones burocráticas o actúa como intermediario en el proceso económico.

Lo que determina la aparición de una crisis económica es la imposibilidad de colocar la venta en condiciones ventajosas o, lo que es lo mismo, la reducción de la supervalía que obtiene el empresario y que procura elevar por espíritu de lucro. La crisis tiene por misión restablecer el equilibrio perturbado entre la oferta y la demanda.

Crisis de venta. Sus causas.—Según Sombart, habría lugar de distinguir aquí las simples crisis de venta y las crisis de capital. Las primeras dependen, sobre todo, de modificaciones desfavorables de la demanda; las últimas, sobre todo, de procesos que atañen a la oferta.

La crisis de venta, se observa en todos los casos en que decrece la aptitud adquisitiva de la demanda sin que la oferta se modifique. Se presentan en aquellas épo-

cas en que la producción pasa directamente a manos de los consumidores y son, por consiguiente, propias de la era precapitalista y de los estadios menos consumados de la organización capitalista. Cuando la producción se destina a la satisfacción de las necesidades colectivas y es una actividad socialmente útil, como sucede en la economía familiar, en la de la tribu, en la economía municipal, etc., en que los bienes económicos se crean más que nada para vivir e intercambiarlos por otros bienes, pero no como objeto de regateo y especulación para acumular dinero en forma anti-social, la crisis económica — si llega a generarse — sobreviene esencialmente por una limitación de la demanda y ésto acontece motivado por causas que, en parte por lo menos, escapan a la previsión humana: guerras, epidemias, inundaciones, sequías, etc. El mismo origen reconocen las crisis en las primeras fases de la organización capitalista cuando los elementos de la producción que es principalmente agraria se distribuyen a una clientela próxima o a un mercado local. El volumen de la producción, en tales casos, es bastante regular y continuo, no sujeto a interrupciones o variaciones mercantiles como ocurre en el presente estadio evolutivo de la era capitalista, cuyo carácter distintivo es la subordinación de las necesidades al afán de lucro, y en que la producción sólo depende de las ganancias que determina su venta, lo cual ocasiona una regulación automática de la oferta, que disminuye cuando los precios son demasiado bajos, y por eso mantiene muchos establecimientos a media producción, inferior a las necesidades reales, para ganar el dinero más fácilmente por la elevación de los precios que de ello resulta. Pues bien, decíamos, en el estado agropecuario, localista, de la producción del capitalismo pueden sobrevenir estas crisis de venta por razones análogas a las que más arriba señalamos. En nuestros países americanos, que poseen una estructura económica discordante, en gran parte feudal, estas crisis pueden en la actualidad presentarse como fenómeno local.

Crisis de capital. Sus causas.—Por el contrario, las crisis de capital — que son las que más nos interesan, porque es una de éstas la que estamos viviendo — se inician sólo a partir de la segunda mitad del siglo XIX, junto con el perfeccionamiento de la organización capitalista de la vida económica. Están ligadas a ésta por relaciones de causalidad, y existen como necesario derivado de fuerzas que en su juego y concatenación determinan las condiciones favorables al estallido de una crisis de esta especie. La causa más aparente reside en una alteración de los procesos de la oferta, en una excesiva capitalización que permite el incremento desmedido de la producción, más allá de la proporción en que las utilidades son apreciables.

A. Aumento del capital por medio del crédito.— Durante los períodos intermedios de bienestar económico relativo en que la producción es vigorosamente estimulada por la desenfrenada demanda, se origina un aumento considerable de los capitales que el crédito suministra, los bancos hacen sus préstamos a un tipo bajo de interés y, a su amparo, se forma un gran número de empresas productoras que se van divorciando, poco a poco, de la realidad comercial y que aprovechan para su organización la atmósfera de confianza y la facilidad para obtener grandes capitales.

Las acciones de las diferentes compañías organizadas en forma anónima tienden a supervalorizarse — lo que permite ensanchar la órbita de sus iniciativas, — perdiendo toda relación con un posible dividendo en correspondencia de los beneficios reales obtenidos y pasan a ser consideradas como valores en sí, son objeto de especulación, se elevan en forma fantástica hasta que la superabundancia de productos determina la falencia de la compañía y el descenso violento de todos sus valores, crisis parcial que inevitablemente se generaliza. Esto ocurrió en Noviembre de 1929, en la Bolsa Comercial de Nueva York.

B. Inflación de la producción.—Como es lógico, el exceso de capital ocasiona un aumento de la producción, sobre la escala que la capacidad adquisitiva de los mercados permite. La producción que se ha inflado en forma extraordinaria y sometida a la máxima racionalización, no puede encontrar condiciones favorables de venta. Inmediatamente sobreviene la crisis. El mercado queda invadido de productos que para colocarse deben ser entregados a precios inferiores o poco diferentes de su precio de costo. El empresario ve comprometida toda su organización y apenas puede cumplir con las obligaciones que ha contraído por crédito, o no puede cumplirlas y se declara en quiebra.

C. Competencia industrial y racionalización.—En el origen de todas estas crisis de capital, hallamos una apreciación errada sobre la capacidad de la demanda. Es un hecho que, a medida que la producción aumenta, el consumo permanece más o menos constante o disminuye.

El incremento de la producción que se obtiene en el régimen de libre competencia que establece como necesario requisito la organización capitalista, trae consecutivamente su abaratamiento, dejándola así, por lo menos en apariencia, más al alcance de quienes la necesitan. Este abaratamiento se consigue por la racionalización de las industrias, es decir, por la aplicación en ellas de los adelantos técnicos más recientes y los sistemas de organización que han demostrado más eficacia. La introducción de nuevas maquinarias causa la cesantía de un gran número de operarios que pasan a aumentar la cuota de asalariados disponibles y hace al productor cada vez más esclavo del capital constante, al mismo tiempo que lo separa del capital variable, o sea, de la actividad obrera que puede reemplazar con ventaja. Pero la realización industrial obliga al empresario a recurrir al crédito que se le ofrece generosamente, a abaratar sus productos, a producir más y por todas estas razones, a ver disminuir sus beneficios.

D. Formación de monopolios y descuentos del consumo.—Para afrontar el problema que de este modo se crea, el capital tiende a concentrarse de una manera continua en grandes empresas que regulan la producción en beneficio común y barren al pequeño productor y al hombre de la clase media. Esta es la ley de la acumulación capitalista de Marx,—ley cuya exactitud hoy día nadie discute, ni siquiera los profesores de economía —. A medida que el capital llega a ser acaparado por muy pocos individuos, las masas ven aumentar su número y su pobreza. Este ejército de trabajadores que la industria científica rechaza por no requerirlos, tiende a ir creciendo, y es una de las causas de disminución de la demanda, por la decreciente capacidad adquisitiva de las masas. Este caudal de obreros en paro forzoso contribuye a su vez a desvalorizar el esfuerzo de los demás trabajadores, porque es lógico que el salario disminuya cuando el capital tiene a su alcance una exagerada oferta de trabajo.

Si la producción es más abundante y algo más barata, la posibilidad de venta es también menor. El resultado es la producción de artículos en cantidad superior al consumo y el eterno retorno a crisis generales, que constituyen uno de los rasgos típicos de nuestra organización capitalista.

Está pues en la esencia de ésta el origen de nuestras crisis económicas. La competencia libre y el afán de lucro engendran fatalmente la lucha entre los diferentes productores, la inflación de la producción, la racionalización de ésta, la unificación de las empresas en grandes monopolios, el paro forzoso de numerosos operarios que tiende a ir siempre en proporción ascendente, la incapacidad del consumo para absorber la producción y, como último eslabón, el incesante repetirse de crisis económicas cuyas consecuencias, en especial para los asalariados, son desastrosas.

Falsas explicaciones de la crisis actual.

Antes de continuar adelante, queremos referirnos a algunos factores que se han invocado en la génesis de la actual crisis. Ellos representan los descubrimientos que han llevado a cabo los economistas oficiales que perciben rentas del Estado y que — comprendiendo en forma precisa su misión — procuran disimular las causas esenciales, poniendo en acción otros agentes que, por su apariencia más inmediata y su contornos más definidos, están al alcance de la mentalidad corriente, ajena a la dialéctica materialista.

De este modo es frecuente que se diga que nuestra crisis reconoce como causa primordial, las perturbaciones que en la economía mundial, produjo la Guerra Imperialista de 1914. El desequilibrio que enjendró este conflicto se debió a la inhibición de la producción que sobrevino en los países beligerantes. La gran industria no pudo continuar su crecimiento ni mantenerse; y, súbitamente los países europeos de exportadores que eran se convirtieron en importadores. El dinero que se había atesorado en ellos durante los años de desarrollo pacífico, se vió obligado a salir hacia los países de ultramar, que debían abastecer los pedidos de los combatientes. La depresión de la industria en Europa durante los años de la guerra, originó como compensación el desarrollo exhuberante de ella en países que se hallaban más atrasados en su solución. La capacidad productora de Sur América, — EE. UU., Canadá —, Australia, colonias del Asia, aumentó extraordinariamente con el doble objeto de vender mucho y a precios ventajosos a los países guerreros, fácil fuente de grandes utilidades, y, además, para satisfacer las necesidades del propio consumo industrial, de las cuales, en esos momentos, no podía encargarse Europa.

Cuando terminó la guerra, los estados de Europa se dedicaron con febril entusiasmo a reconstruir sus respectivas economías, con el fin, primero, de abastecer el propio mercado; y, segundo, de vender productos al extranjero y reacaparar el oro que se les había escapado.

La guerra de 1914 dió un impulso formidable a las tendencias evolutivas propias del capitalismo. La gran amplitud del crédito, la racionalización vertiginosa de la industria y de la agricultura, las pingües utilidades que dejaba el comercio en los primeros años que siguieron a 1918, la consolidación de los monopolios, etc., todos estos factores contribuyeron a provocar un aumento fantástico de la producción, y pronto ocurrió que los graneros estaban colmados de trigo, las bodegas y almacenes de artículos industriales, sin que hubiese mercado en que colocarlos. Los países que antes eran tributarios de los estados europeos habían adquirido una mayor independencia y restringían fuertemente las importaciones.

En esta forma los precios de todos los productos disminuían lentamente, la producción continuaba su rápido desenvolvimiento, hasta que en los años de 1928 y 1929, no pudiendo sostenerse por más tiempo esta situación ficticia, estalla la crisis con una gravedad e intensidad no conocidas.

Todos estos hechos son verdaderos, su validez no admite discusión. Pero de allí a decir que ha sido la guerra el factor determinante de la actual crisis económica, media un camino inmenso, que es conveniente señalar. La Guerra mundial ha sido una causa ocasional, una causa de segundo orden que ha obrado **como un órgano acelerador del desarrollo del movimiento capitalista en todo el mundo**. Ha hecho recorrer muchas etapas a las formas de producción, ha transformado la economía de muchos países dependientes y, por esto mismo, ha puesto más de relieve los defectos fundamentales del régimen capitalista.

La crisis económica habría aparecido con o sin guerra mundial. La predicción podría haberse hecho con la misma seguridad que la de un fenómeno astronómico.

El origen de la crisis está más allá de los hechos inmediatos que parecen de importancia al observador superficial y que, a toda costa, tratan de sobrestimar los ideólogos de la clase dominante. En 1848, Marx y Engels concretaron la teoría de las crisis y expusieron sus leyes de periodicidad y de progresividad, como inevitable efecto de las contradicciones económicas inherentes al capitalismo. La historia de cerca de 100 años les ha dado brillantemente la razón. Decían entonces: "La fuerza productora de la sociedad no es ya un instrumento de civilización burguesa, una condición burguesa de la propiedad; por el contrario, esta fuerza se ha hecho demasiado poderosa por el sistema que le opone límites y cada vez que traspasa estos límites artificiales trastorna el sistema social burgués, pone en peligro la propiedad burguesa. El sistema social de la clase media es hoy de masiado pequeño para contener las riquezas que la burguesía ha enjendrado.

¿Cómo procuran los burgueses resistir éstas crisis comerciales? Por una parte, destruyendo masas de fuerzas productivas; por otra, abriendo nuevos mercados y destruyendo los antiguos. Es decir, que preparan el camino a crisis más peligrosas y más universales, y reducen los medios de precaverlas. Las armas con que la burguesía derribó el feudalismo se han vuelto contra ella".

De estos conceptos, fluye lógicamente la estimación justa que debe darse a la guerra mundial dentro del orden económico. Ha contribuído a dar a todo el mundo una estructura capitalista y, por este motivo, ha hecho tan extrema la gravedad de la crisis actual y ha suprimido, en una gran escala, las posibilidades de solución que eran valederas para la época en que Marx y Enjels escribían. Los medios de precaver y solucionar las crisis, están ya casi completamente agotados; las crisis tienden a hacerse irremediables, porque los mercados nuevos van conquistando su autonomía y los antiguos están ya clausurados.

La Guerra Mundial — al acelerar en los países atrasados el desarrollo del capitalismo — ha cooperado poderosamente a su destrucción, porque lo contradictorio del régimen es, en la actualidad, evidente e insoluble. La guerra ha contado los días del capitalismo.

No todos los teorizantes burgueses están de acuerdo con la importancia de la Guerra en la crisis mundial.

Algunos hacen recaer toda la responsabilidad sobre el dumping ruso, es decir, la venta de productos comerciales a un precio inferior al de sus cotizaciones en el mercado. En esta crítica llama, sobre todo, la atención que se acuse de ilegítimo el dumping cuando no es sino la aplicación de las leyes de la libre competencia, cimiento de la organización capitalista, que funciona como complemento obligado del carácter privado de la propiedad. ¿Cómo se han constituido las grandes compañías, las grandes empresas, la Standard Oil, la Royal Dutch Shell; cómo se han enriquecido los Rockefeller, los Deterding, los Ford, etc., si no es por medio del dumping, de aquello que se califica de competencia desleal y contra lo cual es inerte la legalidad capitalista? ¿Puede ser imparcial una crítica que sólo halla culpable al adversario de emplear arma que han creado, perfeccionado, y manejado con pericia admirable, las que se dicen sus actuales víctimas.

Todo esto lo decimos suponiendo que el dumping soviético tuviese la importancia que algunos maniáticos y delirantes le atribuyen. Pero esto no es efectivo. El expendio de productos rusos no ha tenido influencia apreciable sobre los precios, ni tampoco podría, por su volumen, ser causa de una crisis persistente como la actual,

que, por lo que llevamos visto, obedece a factores más hondos. Refiriéndonos al mercado del trigo, en el que más se ha clamado contra la intervención de Rusia, según los datos que aparecen en la publicación francesa "Le Mois" (Mai, 1931), genuinamente burguesa, el verdadero dumping en este terreno lo ha provocado EE. UU. que había acumulado stocks colosales de trigo, y no Rusia que sólo ha colocado pequeñas cantidades en el mercado.

Las opiniones que atribuyen la depresión económica a la escasez del oro y su estagnación en las naciones hacia las cuales ha emigrado, en especial, EE. UU., Inglaterra y Francia, confunden lo que es un efecto de la crisis con sus orígenes.

Más visible es aún la teoría autóctona de que la crisis dependería de la estrechez del circulante, consecuencia del balance comercial negativo, o sea, de la primacía de las importaciones sobre las exportaciones. El remedio estribaría en la emisión de papel moneda y la contratación de un empréstito de oro. Es ociosa la discusión de estas ideas; de lo que hemos expuesto se deduce que la estrechez del circulante es sólo uno de los síntomas de la crisis y, probablemente, uno de los menos graves, por cuanto depende de una auto-regulación.

Es instructivo observar como los defensores de la estructura económica actual son incapaces de comprender y enunciar claramente el origen de las crisis y como — al tratar de hacerlo — sólo consiguen poner de manifiesto su indiscutible ineptia.

Terminación de la crisis.—La liquidación de estas crisis supone, como es natural, el restablecimiento de la demanda y la disminución de la oferta, y este resultado lo obtienen los grandes monopolios que restringen la producción, encarecen de nuevo los artículos y — si consiguen ponerse de acuerdo con los demás grandes empresarios — permiten que su industria respectiva se mantenga dentro de una situación de estabilidad. En caso contrario, se engendra de nuevo la lucha abierta, el creciente abaratamiento y un nuevo movimiento de racionalización. Por otra parte la demanda deprimida se repone o exagera, la producción infla, se determina el infraconsumo y sobreviene de nuevo la crisis.

Los acuerdos establecidos entre las diferentes industrias tienen siempre una duración limitada y no pueden asegurar de manera definitiva un campo cualquiera de la producción contra una posible crisis. Así, por ejemplo, los convenios que se han firmado sucesivamente entre las industrias del salitre natural y la de abonos sintéticos son de un año de duración; por medio de ellos se restringe la producción, se reparten los mercados, se fijan los precios y, en resumen, se favorece en mayor o menor escala a ambas industrias, evitándoles una caída más grave; pero esta situación no perdurará sino durante el tiempo estricto que sea necesario para que la perfección técnica y la racionalización, a que la industria de los abonos sintéticos puede aspirar, le permitan dar a la otra el golpe de gracia, por medio de una competencia desventajosa.

Consecuencias: No vamos a entrar a detallar las consecuencias generales que acarrea a la sociedad el estar servida por una maquinaria, de tal modo defectuosa que por razones inherentes a su construcción experimenta cada cierto tiempo interrupciones que ponen en peligro la existencia de sus diferentes miembros, en mayor o menor grado. Los daños que ocasiona una de estas periódicas intermitencias del ritmo económico son suficientemente conocidos y experimentados. La paralización de las actividades productivas repercute, desde luego, sobre los pequeños productores que fabrican sus artículos a un costo mayor y no pueden rebajar sus precios, sobre los especuladores y dueños de acciones que experimentan grandes pérdidas y sobre los obreros que quedan sin ocupación. Es sobre todo la creciente racionalización de la industria que substituye a obreros por maquinarias, lo que contribuye a aumentar el número de proletarios que no pueden encontrar un sitio en que trabajar, ni lo podrán encontrar en el futuro,—hablamos en términos colectivos—ya que dentro del desarrollo industrial de los países más evolucionados sus servicios son innecesarios.

IDEAS, LIBROS Y REVISTA DE REVISTAS EXTRANJERAS

Causas de la crisis económica mundial

Aumento de la producción con vista a la reducción del costo de ésta: tal era, antes de la Guerra, el lema favorito de la industria. Para cada industrial era de decisiva importancia el poder o no abaratar su producción aumentándola, a fin de vencer a su competidor, el cual a su vez se esforzaba en vencerlo a él. Así surgieron la superproducción y la baja del consumo.

La Guerra Mundial puso fin rápido a este estado de cosas. Terminada la Guerra, los depósitos todos de mercancías se habían vaciado. Hacía falta, además, transportes, tanto por mar como por tierra.

De nuevo se encendió entonces, la fiebre de producir. El aumento de la producción fué proclamada misión de humanidad. Y, en unos cuantos años, el enorme vacío estaba de nuevo colmado.

En Alemania, a causa del general empobrecimiento causado por la Guerra, tal aumento era sentido como una necesidad nacional. Hugo Stinnes anunció, como resultado y culminación de su admirada sabiduría económica, que el obrero alemán, durante quince años, tendría que trabajar dos horas más por día. Hoy el obrero alemán (y no solo éste), se ve obligado, como consecuencia de la super-producción existente, a trabajar por término medio dos horas MENOS de lo normal.

La llamada «racionalización» resultó ser en estos años pasados, el instrumento más efectivo para aumentar la producción. Al propio tiempo se produjo una concentración cada vez mayor de los productos. A ello se unió la entrada en el rango de productores industriales de territorios que hasta entonces había únicamente figurado como clientes y consumidores de mercancías europeas y norteamericanas. En la agricultura se produjo simultáneamente un notable aumento también gracias al amplio empleo de abonos artificiales.

El resultado de todo lo anterior ha sido una inaudita superproducción y consecuente disminución de salida de mercancías en todos los sectores. Por último y en los años más recientes, ambas circunstancias fueron agravadas por la industrialización de Rusia por el bolchevismo, que se efectúa a todo vapor y sin ahorro alguno de fuerzas humanas.

Como consecuencia de la general superproducción ocurrió en el mercado mundial un también general desplome de precios, en el cual nos hallamos.

Los grandes depósitos y bajos precios de las más importantes materias primas (cobre, zinc, algodón, seda, trigo, azúcar, café, caucho), son el resultado de la superproducción surgida.

La disminución de la producción significa el aumento de la falta de trabajo y el debilitamiento progresivo del poder adquisitivo; ha de hacerse, pues, presión sobre los precios, con la cual tal vez pueda evitarse el efecto encarecedor de la limitación de la producción.

Dar trabajo a los desocupados significa, es cierto, aumento del poder adquisitivo, es decir, manteniendo el nivel de los precios, pero al propio tiempo hipertrofia aún mayor de la producción, aumento de los depósitos de mercancías y consiguiente disminución de precios.

Hace poco hizo el gran industrial Gutermann una proposición digna de nota tendiente a hacer cesar la desocupación. Propuso acortar en general en un 10% la duración del tiempo del trabajo. Con ello podría ser empleado un 10% más de obreros. Gutermann indica con razón que la «racionalización» ha traído a la humanidad a la afortunada situación de ahorrar trabajo, y que tal circunstancia debe traducirse en una disminución general del tiempo a éste dedicado.

He ahí una solución que ha de ser estudiada con grande atención y empeño. Pues ya hoy se muestra patente, y se mostrará más cada vez, que, con el progreso de la técnica y la racionalización de la producción el tiempo de trabajo necesario a la satisfacción de las necesidades reales puede ser notablemente acordado.

EMIL LEINHANS

(De «Die Auslese», Berlín)

Keyserling

Ahora que se anuncia nuevamente a nuestro país para uno de estos meses de invierno la visita del conde Keyserling, consideramos de interés, máxime cuando buen número de «discípulos» dejó el filósofo en su primer viaje, publicar algunos párrafos que

Roger Tisserand, articulista del «Larousse Mensuel», publicó a raíz de la edición francesa del «Diario de viaje de un filósofo», párrafos que nosotros hemos entresacado de nuestras lecturas.

Dice Roger Tisserand: «Keyserling y Oswald Spengler son los filósofos alemanes de la post-guerra más conocidos. Pero el primero es una fuerza más activa que el segundo; más «viva» para emplear un término que se adapta perfectamente a Keyserling».

«Alguien ha adelantado que Keyserling era un enemigo de Occidente y un admirador de Oriente. No lo creemos. Y estamos persuadidos de que es imposible hacerse tal afirmación después de la lectura de «Die Neuentstehende Welt». Aún más. Este filósofo aporta razones de confianza a quienes temen la decadencia de Occidente y que, atentos sólo a verla oscurecer, la contemplan con ojos desesperados. El admirable Rabindranath Tagore dijo: «De todos los occidentales que conozco, Keyserling es el más violentamente occidental».

«¿En que consiste la filosofía de Keyserling?»

«Mauricio Boucher ha escrito un libro muy notable sobre ella, en el que se da una visión clara del pensamiento del filósofo».

«El verdadero sabio, afirma Keyserling, no discute; no se defiende. Habla, o escucha; afirma, o trata de penetrar el sentido de las cosas».

«Keyserling hace la crítica de los tiempos que corren y analiza los males que padecemos; define la sabiduría que puede traernos la salud, defiende la vida espiritual amenazada por la mecánica, afirma que «la filosofía debe volver a ser sabiduría», contrapone el que comprende al que no hace más que saber, el ser al conocer y tomando los tipos extremos, el mago al erudito.

«La filosofía de Keyserling es una filosofía práctica viva, actual. Su crítica del tiem-

po presente es admirable, y a la vez, pavorosa. Demuestra que en esta era de maquinismo corremos un gran peligro, porque hemos perdido el respeto al espíritu. ¿Que es para nosotros, actualmente el progreso? El invento de un nuevo rodaje o la captación de nuevas ondas. La inteligencia queda reducida a una técnica, a un saber, a una habilidad. En suma: ha renunciado al ser en favor del conocer. Y entonces, se debilita, palidece, se marchita. Es absolutamente necesario que volvamos a entrar en posesión del sentido de la calidad: que cesen en nosotros la superstición de la cantidad y el trato íntimo con la perfección mecánica.

Sinclair Lewis en Estocolmo

El discurso pronunciado hace poco por Sinclair Lewis en Estocolmo al recibir el premio Nobel de Literatura, define con característica agudeza y precisión el conflicto que se desarrolla actualmente en las letras norte-americanas entre una nueva literatura que tiene la visión del porvenir y pugna por imponerse a las masas, y la antigua literatura que vive y medra aferrada a las tradiciones del pasado. Habló en Estocolmo por boca de Sinclair Lewis la izquierda literaria de la América de Emerson y Whitman.

No podía esperarse rutinarias cortesías académicas de una falanje en guerra. Sinclair Lewis usó la plataforma sueca para atacar al enemigo. ¡Y qué ataque mordaz, despiadado! Jamás acometió con más agresividad el maestro de la ironía. Nunca sufrió arremetida semejante la American Academy of Arts and Letters, baluarte conservador.

Los hombres de la minoría descontenta y rebelde demandan un nuevo criterio en la literatura del presente y del futuro. Proclaman que la Unión ha experimentado un cambio completo de la segunda mitad del

siglo XIX a esta parte, y que, sin embargo la mayoría de sus literatos populares se empeñan en mantener una escuela que se inspira en la realidad muerta del pasado. La Unión de Lincoln, «la colonia rústica» de otra era, se ha transformado en imperio mundial; sin embargo, aquellos literatos parecen creer que el nuevo pueblo norte-americano no ha abandonado la «sencillez bucólica, puritánica» de otras épocas. El sentimiento de antaño ha caducado; hoy resulta artificial y falso, y probablemente lo fué siempre. La Unión ha entrado en una nueva era y necesita más que nunca del realismo en su arte para encaminar sus pasos. La novela no debe ser un eco vacío de la vida, sino el grito de la vida misma, preñado de realidad.

Desde que Dreiser introdujera con «Sister Carrie» «el primer soplo de aire puro» en la novela norte-americana en el siglo XX, la falanje ha crecido. Hoy cuenta on figuras poderosas: Upton Sinclair, Sherwood Anderson, Cabell, Willa Cather, Hergesheimer, Heemingway, John Dos Passos, Thorton, Wilder y otros. Esta minoría ha iniciado la tarea de dar a la América del Norte, «a la América de las grandes montañas y las praderas sin límite, de las ciudades gigantescas y las perdidas cabañas campestres, una literatura digna de su grandeza».

(De «Índice» — S. Juan de Puerto Rico).

Habla la juventud cubana

Un interés continental tienen las palabras que aquí reproducimos y que son un acápite de la valiente carta que Juan MARI-NELLO, el destacado luchador e intelectual de la Habana, escribiera a sus amigos de Índice, selecta revista de Puerto Rico.

«Cuba sufre hoy el azote de una tiranía iletrada, agresora de todo derecho ciudada-

no, de todo humano interés. La falta de vigilante espíritu civil, la entrega de los destinos públicos a una turba de logreros sin escrúpulos; el demasiado apego a una existencia de preocupaciones materiales; el olvido de una cultura social afín con la comunidad criolla; la pleitesía al éxito en su modo más deleznable: el caudillismo de machete y fraude electoral; el abandono criminal de los problemas esenciales a nuestra vida, han traído a Cuba un presente de sonrojo que aleja la posibilidad de salvación. Sin libertad para pensar y hacer, sin garantía de su vida ni seguridad de su derecho, el cubano honrado ve ante sí murallas insalvables que le impiden todo impulso que no sea el confluente de la voluntad del Dictador. Y el Dictador, apenas hay que decirlo, fia su permanencia en el poder y la impunidad de su acción ilícita, en el apoyo de la fuerza económica de Washington que en Cuba lo puede casi todo.

«Machado no es problema cubano; ni siquiera parte central en él. Es uno de tantos signos que expresan un estado colonial entrañable. Es el régulo al que el Imperio no paga cantidad determinada si no permite que por su fuerza — y por la debilidad de sus súbditos — allegue el botín para disponer su propia defensa. Si el ataque al Dictador de Cuba no se dirige a las causas que lo han hecho posible y a las que lo hacen permanente, se habrán andado caminos baldíos. En la acción contra Machado debe irse ejercitando el cubano joven para la obra durísima de liberrar a su tierra de una esclavitud más peligrosa — por venir de metropolis más inteligentes — que la de España».

El Esperanto

Consideramos de importancia dar a nuestros lectores algunas noticias sobre el idioma universal, cuya divulgación como lengua «internacional» se hace cada vez mayor.

En la actualidad, existen 60 estaciones

radiodifusoras que transmiten noticias, anuncios y programas de conferencias en esperanto.

La primera transmisión en esta lengua la efectuó una estación de broadcasting norteamericana en Junio de 1922, luego la siguió una estación emisora inglesa, hasta llegar al número ya mencionado.

A pesar de ser el esperanto un idioma artificial, en varios países los agentes de policía están obligados a saberlo y en las escuelas superiores de Brasil, Checoslovaquia, Portugal, Suecia y otros países se enseña a los alumnos que lo quieren aprender, mientras en Suiza es una materia obligatoria en los últimos cursos elementales.

¡Sicalíptico!

Hasta ahora teníamos este vocablo como nacido de mala manera por obra de un editor catalán, quien por ignorancia estampó un disparate que tuvo fortuna por la novedad de su sonido, la petulancia de su esdrújulo, la apariencia de cientifismo, y la utilidad de contar con un nuevo eufemismo para denotar con remilgada hipocresía cierto sentido de sagacidad equilibrada entre las tolerables licencias de un chischieo impetuoso y las groseras de la vida prostibularia.

Pero ahora leemos en «Les Nouvelles Littéraires», de París, que un helenista sabichoso ha vindicado el mal traído honor del vocablo, sacándolo de una tan alcorniada cuna como la Atenas. SICALIPTICO viene, según Pierre Baudry, de la voz griega SUNKALUPTO, que quiere decir «disimular»; o sea lo contrario de APOKALUPTO, «descubrir», «revelar», de donde nació la palabra APOCALIPTICO, que aún se usa en castellano.

Y ya tenemos el apicarado vocablo con envidiable geneología, hasta con parentescos en el léxico evangélico...

(De «Surco», La Habana. — Cuba).

Noticias literarias

Charles Yale Harrison, el autor de «Los generales mueren en la cama», libro que ya muchos conocerán, está trabajando en una nueva novela, titulada «Ha nacido un niño».

Lion Feuchtwanger pasa a ser con su novela «Exito», el crítico más agudo y mejor documentado de la reacción política y del fascismo. La obra monumental, de más de 800 páginas de lectura, tiene el centro de su acción en Baviera; pero los problemas que trata tienen un interés y un aspecto universales.

La última novela de Sherwood Anderson, publicada en castellano, por Cenit, con el título de «La risa negra», ha sido juzgada por los críticos como sumamente interesante por su forma y su fondo.

Aunque publicada en su original en 1925 y traducida sólo el año pasado a nuestro idioma, la obra tiene observaciones de gran actualidad, sobre todo cuando justiprecia la aportación cultural de Estados Unidos como nula, comparada con la europea.

Mensaje Estudiantil

Estractamos a continuación algunos párrafos de una comunicación enviada por la Confederación Nacional de Estudiantes de México, a la Confederación Ibero-Americana de Estudiantes de Madrid, y una de cuyas copias fué enviada también al Centro de Estudiantes de Derecho de nuestra Universidad, con fecha reciente.

«El Problema que agita al mundo es en extremo serio; hay que contemplarlo con

toda calma, sin ilusiones ni optimismo. La República española nace en medio de una tempestad universal y a la juventud Ibero-Americana y a esa H. Confederación que Ud. dignamente preside, corresponde como vanguardia, la gloria de trazar el camino, de emprender los primeros trabajos que ayuden al nuevo organismo a luchar sobre sólidas bases, que lo hagan respetable por la confianza que inspire al Pueblo».

«Las masas, en la actualidad, quieren con justa razón, hechos claros, resultados tangibles».

«La juventud de España y la Ibero-Americana con su ardor fecundo; con sus entusiasmos incontenibles por las causas nobles, tienen que luchar por la consolidación de la República Española; nada las detiene. La causa es elevada, llena de luz astral y es por igual, en cariño e intensidad, española e Ibero-Americana a un tiempo».

De Redaccion

Por razones personalísimas, que hemos debido considerar serenamente, el compañero Humberto Cantuarias ha presentado su renuncia como miembro del COMITÉ DE REDACCIÓN de nuestra revista. Lo reemplazará el camarada de Medicina José Manuel Calvo, quien tiene el prestigio necesario para que esperemos de él una labor eficiente.

BIBLIOGRAFIA

Universities American, English, German
Oxford University press
Abraham Flexner
1930.

El Dr. Abraham Flexner, eminente bacteriólogo norteamericano, ha publicado un libro extremadamente interesante titulado "Universities, American, English, German" (Oxford University press, 1930), en que critica enérgicamente el espíritu, organización y métodos de las universidades de su país, lo que ha suscitado acaloradas discusiones en todos los círculos ilustrados de los Estados Unidos.

Se puede deducir del libro del Dr. Flexner que existe en Yanquilandia una incompreensión, casi general, acerca del verdadero objetivo de la Universidad como exaltadora del nivel de la sociedad circunstante, antes que extractora de técnicos o investigadores, y como formadora de estos mismos sobre una base de cultura de naturaleza totalmente diferente de la que puede adquirir en la vida social o en la vida de los negocios.

Las universidades norteamericanas no han aprendido ese concepto creador específico y sólo le conceden un papel didáctico exento de toda armonía y semi-ahogado por la intromisión de métodos y formas de vida extra-universitarias. Se ha interpretado el concepto literal de la palabra universidad en el sentido de la "escue-

la-bazar", como la llama el Dr. Flexner. La Universidad es un mostrador en que se vende la mercadería más variada, desde el griego y el cálculo infinitesimal hasta la dactilografía y las "ciencias domésticas".

La intromisión de los métodos extrauniversitarios se manifiesta en tres formas de vida que, como hemos dicho, amenazan con aniquilar las funciones genuinas de la Universidad; son: la vida deportiva, la vida social y la vida de los negocios.

En cuanto a la vida deportiva universitaria, es un aspecto ya bastante conocido de todo el mundo hasta el punto de que no hay quien no se haya preguntado en qué horas del día estudiarán los universitarios norteamericanos que prodigan tan frecuentes y científicas manifestaciones de su musculatura. No sólo se emplea, en efecto, más tiempo, sino también más dinero en el deporte que en las otras actividades propiamente universitarias. El entrenador del equipo de foot-ball es a veces mucho más conocido y estimado que el presidente de la Universidad, y se ha dado el caso de que se adelante en una hora el horario de varios miles de estudiantes con el fin de que el equipo de foot-ball del establecimiento disponga de una hora más en la tarde para sus entrenamientos.

La vida social en el sentido más burgués de la palabra—téés, bailes, etc.,—polariza también gran parte de la actividad de las universidades de Norte América. La atracción que estos organismos ejercen sobre los estudiantes está particularmente condicionada por su prestigio social. Dentro de las aulas, el afán general

es de brillar ya sea en las fiestas o reuniones, o mediante donaciones de tal o cual monumento que llevará el nombre del que lo obsequia. Así es como un enorme número de individuos afluye allí para adquirir el barniz y sello social necesario para triunfar en la vida, de modo que, según el Dr. Flexner, de 900.000 inscritos en las universidades de los Estados Unidos, un 90% no merece el nombre de estudiantes; por ejemplo, la Universidad de Columbia (New-York) cuenta con 48.000 estudiantes; si se excluyen los cursos de verano y los cursos por correspondencia, no quedan sino 16.000; si se descuentan los que reciben sólo educación secundaria, quedan 12.000, y si se deducen los de las escuelas técnicas, restan 4.000. Además, según el decano de la "graduate school" (donde concurren los candidatos a "masters" y "doctors"), sólo una cuarta parte de éstos tenía algún valor intelectual. De modo que sólo quedan 1.000 verdaderos estudiantes sobre un total de 48.000.

Como corroboración de esta política de prestigio social seguida por las universidades yankees, hay que anotar que en sus presupuestos un 50 o 60% de las inversiones se hace en actividades netamente extrauniversitarias, (6 millones sobre 10 en Columbia y 5 millones sobre 10 en Harvard).

La vida de negocios, como ya se ha dicho, ha invadido completamente las universidades y demás planteles de los Estados Unidos, sin excluir el High School donde se entremezclan en forma pintoresca el latín, la filosofía, las matemáticas, la agricultura, la estenografía, los cursos de cocina, etc., etc. El alumno debe reunir un cierto número de "points", mediante los cuales queda apto para ingresar al "college" o a la Universidad propiamente dicha. En el "college" se hacen estudios más detenidos, como puede verse, por ejemplo, por los nombres de los cursos con que puede obtener su diploma de "bachelor" un alumno del Columbia College: los prin-

cipios de la "réclame", la cría de aves domésticas, taquigrafía elemental, periodismo práctico. Basta con que el alumno acumule 120 horas semestrales.

Una enunciación de algunos de los temas de cursos universitarios es realmente del más alto humorismo: "manera de escribir las réclames", "inglés comercial", "manera de escribir los hechos diversos", "problemas del vestido", "etiqueta en las comidas", "vida social en la casa", "dirección de droguerías".

Cada curso suministra un cierto número de "points", cuyo total pondrá inmediatamente en posesión del codiciado diploma. A este respecto, el Consejo que financia Frinity College, ha declarado que el "college" es una empresa, "un negocio que vende educación". Esto es, en efecto, lo que hacen Columbia, Harvard, Chicago, las Universidades del Estado, dice el Dr. Flexner; pero, agrega, el artículo que venden es de muy inferior calidad. La venta, no obstante, está asegurada gracias a la colosal réclame, que últimamente la secretaría de la unión de 400 "colleges" ha querido centralizar en un sólo órgano de propaganda, a fin de darle mayor eficacia. En el fondo, concluye el Dr. Flexner, la universidad norteamericana no tiene más que un centro: la caja que recibe el dinero de los donantes y lo redistribuye.

Pintoresca miscelánea de materias, carencia absoluta de perspectiva en los programas, sacrificios de todo al resultado inmediato: hé allí la consecuencia de esta comercialización de la universidad.

Por otra parte se ha considerado muy productivo, muy halagador de la masa que acude a las escuelas técnicas, el extender a éstas los métodos y nomenclatura universitaria. Así es como se han cobijado bajo el manto solícito del "alma mater" toda clase de escuelas, institutos, academias y cursos con los caracteres más variados en cuanto a materia e importancia.

Escuelas comerciales, en primer lugar, algunas de las cuales toman un cierto cariz

científico, pero que en general tienen por fin el suministrar la fórmula del buen éxito, la manera de triunfar en los negocios. No hay que confundir esta enseñanza de los "business schools" con la de ciencias económicas que se hace en toda universidad; sólo se trata de una serie de recetas o "trucos" para ganar dinero en la bolsa o en el mercado.

Algo análogo ocurre con las escuelas de periodismo, en que no se estudia la función social de la prensa en el mundo moderno, sino recetas prácticas para escribir artículos atrayentes u obtener grandes tirajes, etc.

Existen también escuelas de educación con cursos como los siguientes: "procedimientos administrativos en la redacción de los programas escolares", "cursos de música para los futuros profesores de historia y literatura", "método para dar consejos". El arma de combate de estas escuelas es el método de los "tests", de que Chile ha recibido también flamantes propugnadores, es decir, el empleo de acertijos, fórmulas o cuestionarios mediante los cuales se pretende medir capacidades mentales para cada acto posible en la vida práctica y que han sido, a nuestro juicio, uno de los intentos más típicos de asimilación de la sociedad humana a las colonias de himenópteros. Las tesis de doctorado o para obtener el título de "master" en educación superan todo comentario. Hé aquí algunos ejemplos: "el barrio de la escuela", "problemas administrativos de los restaurantes escolares", "del costo de los trabajos de plomería en la escuela", "análisis de los servicios prestados por los porteros en las escuelas elementales", "nuestras estudiantes y lo que nos dicen", "una escala de medida del distanciamiento antero-posterior de los alumnos del 9.º curso", "la inteligencia de los huérfanos de Texas".

También denuncia el Dr. Flexner la manía de los cuestionarios. Se envía un cierto número de preguntas a varios miles de

personas y después se estudian gravemente las respuestas, contando en seguida el porcentaje de afirmativas o negativas para tal o cual punto.

Otro tipo de escuelas universitarias interesante es el de las "escuelas de ciencias domésticas", o "institutos de ciencias domésticas" que dan pomposos diplomas de "bachelors", "masters" y "doctors". En Chicago, por ejemplo, se hacen cursos sobre la manera de regentar un "tea-room", y sabias investigaciones sobre la crema helada. Las tesis son del tenor siguiente: "Análisis en función del tiempo de los cuchillos para pelar papas", "Estudio controlado del cocimiento del jamón", "Comparación en función del tiempo y del espacio de cuatro métodos para lavar vajilla". Una tesis de doctorado ha versado sobre "estudio de los contenidos bacteriológicos de la ropa interior de algodón".

En fin, habría mucho que decir de los cursos por correspondencia, que sólo a la Universidad de Columbia aportan trescientos mil dólares al año; de los innumerables institutos como el Instituto de Bienestar Público de la Universidad de Yale que estudia ese bienestar desde el punto de vista médico, jurídico y teológico, y que representa un desembolso de 7 millones de dólares.

Después de un panorama tan desolador como éste, se comprende y explica mejor esa impresión de inmenso vacío espiritual que deja toda manifestación social, artística o científica en aquel país, la falta de sentido del equilibrio en la vida de aquel pueblo: la ciencia ahogada por la técnica, el arte aplanado por la industria, la política arrollada por los negocios. Así se comprende que la nación más poderosa de la tierra no haya contribuido en un ápice a enriquecer, adornar o ennoblecer el patrimonio social, cultural y artístico específico de la raza humana.

F. Fuenzalida M.